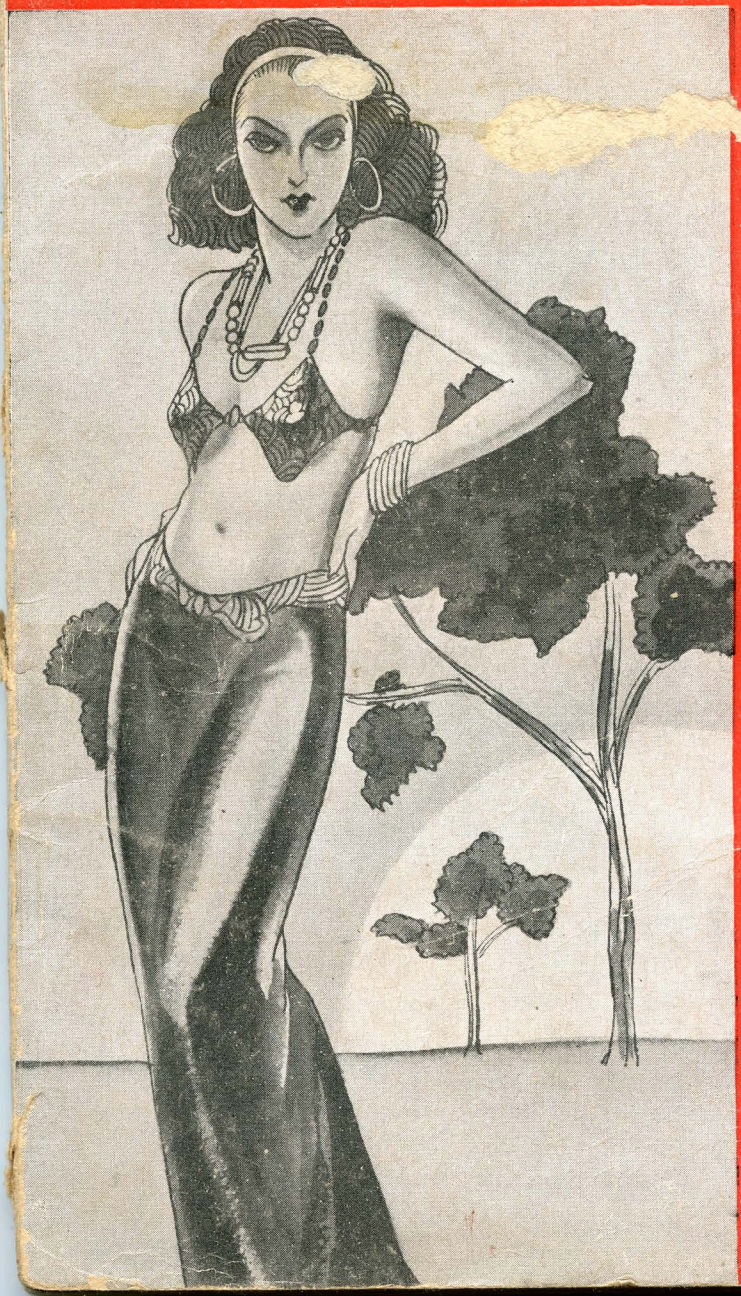
TEMAS SEXUALES

A. MARTIN DE LUCENAY



el amor en extremo oriente

1'25 PTS.

TEMAS SEXUALES

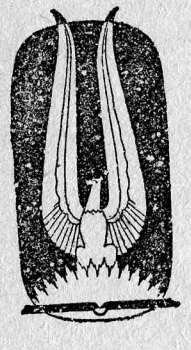
BIBLIOTECA DE DIVULGACION SEXUAL

44

A. MARTIN DE LUCENAY

EL AMOR EN EXTREMO ORIENTE

El amor y el noviazgo.—El Japón, heroico y galante.—Los "Yoshiwaras" y los "cestos de flores".—El matrimonio.—El amor en la literatura china y japonesa.— Costumbres de otros pueblos



EDITORIAL FENIX

FERRAZ, 27.—APARTADO, 8025.—MADRID

PRIMERA EDICION
ENERO 1934

DERECHOS
RESERVADOS

PRINTED IN SPAIN

IMP-ROT (Imprenta Rotativa) Andrés Mellado, 4. MADRID

PROLOGO DEL TEMA

Ese sentimiento anímico que inclina a los seres animados de todas las especies a realizar el gran misterio de la procreación, no es igual en las razas humanas que entre los animales de las escalas inferiores; esto no necesita demostración, ya que se encuentra, simplemente, en la virtud del raciocinio inherente al ser humano.

Pero es que aún entre los humanos, las formas que adopta el amor, que, como sabemos, dependen, en gran parte, de la cultura y del desarrollo intelectual, no son iguales, ni parecidas siquiera, incluso tratándose de individuos perfectamente cultos y supercivilizados. Eso de que el amor es un movimiento instintivo que impulsa a los seres a unirse y multiplicarse para perpetuar la especie, es una definición que no puede admitirse en términos generales. Es instintivo, sí, el hecho de la aproximación de los sexos, como ocurre en todas las especies de la escala zoológica. El hombre, lo mismo que el mono, que el ave, el pez, el cerdo o el asno, se sienten atraídos por la hembra respectiva o viceversa. Sus uniones son más o menos duraderas, los productos de tal unión más o menos numerosos y la vida sexual más o menos activa, según las familias de que se trate.

El hombre, como hemos visto en otro volumen (1), *es el único ser de la creación que siempre está en celo, es decir, dispuesto para la reproducción de su especie, al menos en períodos frecuentes que no alcanzan al de los animales, los cuales se encuentran constantemente subordinados a las leyes de la Naturaleza; el ser humano civilizado es el menos "natural" que existe.*

Ateniéndonos a las diferencias de raza de cada pueblo, a sus costumbres y tradiciones milenarias, a las razones económicas y a otros diversos factores de gran importancia biológica, no extraña que el impulso sexual se manifieste en épocas determinadas con más

(1) Véase el volumen XXVIII, titulado *La periodicidad de los sexos.*

intensidad que en otras; pero lo que resulta verdaderamente extraordinario es que la inclinación, la energía psíquica que predispone a esos ayuntamientos, es decir, el amor, tal y como nosotros lo comprendemos y practicamos, no ofrezca los mismos aspectos, ni parecidos siquiera, estudiando la vida y las costumbres de otros pueblos de los que, en justicia, no podemos decir que sean inferiores a los de la civilización occidental.

Hemos visto en el anterior volumen que, por ejemplo, en Roma, en Grecia y muy posteriormente en la Edad Media, el amor era un sentimiento que no siempre constituía la razón de las relaciones sexuales ordenadas en el aspecto de la perpetuación de la raza. Esa emoción no se experimentaba en el lecho conyugal, sino que para sentirla era preciso recurrir a la prostitución más o menos espiritual, al adulterio e incluso al libertinaje pasando por el romanticismo. Un esposo griego hacía hijos a su mujer y el amor a las hetairas; el caballero medieval consideraba a su esposa como un objeto doméstico, mientras se empeñaba en quiméricos idealismos con mujeres casadas, tan desdichadas como la suya, pero después de haber hecho un inviolable voto de castidad respecto a la dama de sus sacrificios y pensamientos, y por último, un romántico ochocentista convertía al sexo en espíritu puro, y amaba, mataba o moría por la mujer adorada, a la que jamás osaría tocar el pelo de la ropa ni deshonrar siquiera con un mal pensamiento el más grave delito que según su código del amor podía perpetrar un romántico.

Estos aspectos de la sexualidad, que son, ciertamente, muy extraños para nuestras costumbres, si bien pueden tener explicaciones psicológicas, no la tienen en el terreno verdaderamente práctico que debe pisarse para que las emociones tanto psíquicas como físicas marchen de perfecto acuerdo con las leyes de la biología.

El amor es una cosa y el matrimonio otra. A veces resultan completamente incompatibles las dos formas de la sexualidad, aunque entre los cónyuges vivan en la mejor armonía, a pesar del adulterio del marido o la mujer. Esta separación, que resulta intolerable socialmente en las costumbres occidentales, es un hecho natural en Oriente, pero no de la parte de la mujer, sino de la del hombre. Lo que para nosotros parece una tremenda injusticia es de una lógica abrumadora en esos pueblos cuya extraña vida sexual ocupará nuestra atención en el presente volumen.

¿No puede admitirse la razón de la naturaleza poligámica del hombre como un hecho antropobiológico? ¿Queremos decir, cómo los musulmanes, que mientras una mujer no puede dar más que un hijo al año, el hombre puede hacer madres a trescientas sesenta y cinco mujeres?... En estos casos, incluso podemos creer que es posible el amor hacia más de una persona, por ejemplo, el que se dedica a la esposa y el que se profesa a la querida. Pero es que en estos pueblos extremoorientales resulta que el amor verdadero, es decir, el que a nosotros nos impulsa honradamente al matrimonio o a la unión sexual ordenada y duradera no lo inspira la esposa sino muy rara vez, sino que es la querida la que atrae por entero las dedicaciones espirituales de la sexualidad, sin que la esposa legítima se ofenda lo más mínimo, sino que, muy al contrario, se resuelva a proteger ese adulterio honrándose, de paso, tanto más cuanto más delicadas sean las atenciones que el esposo dedique a su querida.

En cambio, una esposa oriental, especialmente la japonesa clásica, no puede decirse que no ame a su marido. Pero resulta que el sentimiento está desarrollado de otra forma que en nuestras mujeres; le aman, y su amor está hecho de sumisión, de respeto y de sacrificio. Idolatran, en cambio, a los hijos, como no saben hacerlo las mujeres occidentales. Y en esta idolatría está la salida, por decirlo así, de las emociones sexuales, que no se manifiestan en las formas naturales, al menos en el sentido que nosotros damos a la más recta sexualidad.

EL AMOR Y EL NOVIAZGO

El aislamiento entre el amor y el sexo.—Desdoblamiento de las actividades psíquicas y físicas.—Aspectos del amor premarital.—Libertal sexual sin amor.—Por qué no es posible el amor en el Japón.—Los «daimios» y «samurayes».—Las fiestas de Otoño y Primavera. Noviazgos de horas.—El suicidio por amor donde el amor no es moral.—La sumisión del hombre a la mujer.—Razones de la poligamia. El amor entre los «ainus».

En casi todos los pueblos del orbe la selección sexual se caracteriza por una serie de actos psicológicos y físicos que ejecuta el hombre inspirado por un sentimiento que se encamina a adueñarse, moral y físicamente, de aquella mujer que ha seleccionado entre las demás, con el fin de crear un hogar y constituir una familia de acuerdo con las normas tradicionales. Como veremos en el volumen próximo, los procedimientos practicados por los salvajes para captarse la simpatía sexual de la mujer, son de diversa índole, aunque todos encaminados a evidenciar la supremacía del macho sobre la hembra. Por lo general, se observan aspectos semejantes a los que pueden apreciarse entre los civilizados: pequeñas atenciones, delicadezas, galanterías y gestos que se ejecutan con el fin de cautivar la atención de la elegida, buscando el sendero de la simpatía que conduce al camino del amor.

Claro es que para que esta selección se asiente sobre bases naturales es preciso que, socialmente, no existan diferencias notables o antagónicas entre los dos sexos, sino que las costumbres estén afirmadas en hechos naturales que no hayan sido deformados por el desarrollo de la cultura, que casi siempre es opuesta a las leyes primitivas que a la humanidad señaló la Naturaleza. Ahora bien, si el camino del espíritu en la sexualidad, es decir, el amor, es un producto del desarrollo intelectual del hombre—teoría que sólo podemos admitir en lo que se refiere al predominio del elemento psí-

quico sobre el físico—, no cabe duda que los hombres primitivos, lo mismo que los salvajes, ignoraron la existencia de esas emociones espirituales que vinieron mucho más tarde a estimular las fuerzas procreadoras de los humanos.

Tenemos que distinguir en la vida sexual dos aspectos : el amor como impulso instintivo, y el matrimonio como hecho social. Por lo general, el matrimonio ha sido el epílogo del galanteo, o, como sostienen los escépticos, el fin del amor. Esto quiere decir que la vida sexual continuada y sin lucha, esto es, la consecución del objeto deseado, destruye, naturalmente, los estímulos que inducen a ejecutar todos los actos que preceden a la finalidad biológica del amor. Esta gran verdad indujo a un escritor americano a dictar reglas para conservar el amor, «a pesar de estar casados», seguro de que el matrimonio era la tumba de las ilusiones o quimeras amorosas.

Pues bien : en casi todos los pueblos del planeta, el amor como motivo psíquico y la procreación como hecho biológico, van siempre unidos en las relaciones sexuales ordenadas y tendentes al fin natural de la atracción de los dos sexos, o sea la perpetuación de la especie. Pero en el Japón, en China y otros pueblos del Oriente asiático, a semejanza de lo que ocurría en los primeros tiempos de la civilización europea y en la Edad Media, sucede hoy que el matrimonio no es un producto del amor, es decir, de la atracción espiritual que determina la procreación de nuevos seres, y, en cambio, esa energía psíquica se dedica a la adoración de otras mujeres cuyo amor y cuyas caricias, plenas de perversión, son completamente estériles en lo que afecta a los intereses materiales de la raza.

Este desdoblamiento de las actividades psicosexuales es muy parecido al que se observa entre los tradicionalistas occidentales, que tienen una novia para casarse con ella y una amante, o varias, para satisfacer los impulsos puramente animales. No obstante, la comparación no es completa ni sus aspectos son verdaderamente comunes. El joven español, por ejemplo, que en su amor por la mujer a la que piensa hacer su esposa en ocasión oportuna llega hasta el límite del sacrificio en lo que se refiere a la conservación de la pureza e inocencia de la bien amada, rechaza en absoluto todo movimiento sexual hacia ella. No es posible que amándola tanto pueda pensar siquiera en la posibilidad de un gesto ofensivo para su pudor o para su dignidad de mujer honesta. Piensa, con la mejor intención del mundo, que la única prueba de amor verdadero que puede dar a la supuesta inocente es no revelarle la existencia de un impulso animal que da lugar a que nazcan los hijos. Estiman que el amor, es decir, el espíritu, es una cosa, y la sexualidad, o sea, lo material, es otra. Esta equivocación la padece el hombre con más frecuencia que las mujeres, por la razón sencilla, sobre todas las demás, de que él siempre tiene ocasión de evacuar normalmente, por lo menos en lo físico, las necesidades que la mujer virgen experimenta raras veces y soporta con facilidad suma.

Si a la mujer la estuviese permitido, como al hombre, dar rienda libre a sus impulsos naturales tan pronto como tuviera necesidad de ello, casi todas las relaciones presexuales de dos amantes existirían en los aspectos más románticos y puros. Muchas prostitutas, que pueden satisfacerse físicamente por los medios naturales, son capaces de llegar a los más extraordinarios extremos de la espiritualidad o del romanticismo con otros hombres que sean capaces de ponerse a tono con los sentimientos que ella sostiene. De otra forma, se necesita ser frígida por entero o histérica completamente para no sentir las apelaciones más o menos intensas de las energías del sexo.

El galán occidental enamorado de tan extraña manera, no piensa durante su idilio, ni remotamente siquiera, en que su novia tenga que ser más tarde la madre de sus hijos. No piensa en ello, y rechaza enérgicamente tal pensamiento, porque el hecho de su paternidad implica la forzosa destrucción de la pureza que atribuye a su amada, es decir, el gesto animal y práctico. Las miradas, los contactos más puros y los besos más castos, son el alimento necesario a su amor : no precisa otra cosa.

Pero luego, cuando se separa de la idolatrada, cualquier mujer de la calle le inspira pasiones arrolladoras que no puede contener, en las que no interviene para nada ese factor psíquico que es la esencia de sus otras relaciones formales. Así, al lado del casto amor de la novia, se desarrolla la viva pasión carnal por la querida, de la que no se reclaman otras dedicaciones que no sean específicamente sexuales.

Tal es, por regla general, el panorama que el amor premarital presenta entre los occidentales, que no acaban de comprender que la sexualidad perfecta es la suma total de los factores psíquicos y físicos que forman el verdadero amor.

Ahora bien, si es cierto que estos sentimientos varían bastante

según las latitudes, siendo más firmes cuantas restricciones imponen la sociedad o la cultura en el desarrollo de la sexualidad—no olvidemos, repito, que el amor es un producto de la cultura—, en el Extremo Oriente asiático las cosas no ocurren de la misma manera.

También existe la esposa, como existe la querida. Pero resulta que la mujer que ha de convertirse en madre de los hijos del hombre que la desposa, no ha inspirado a éste ni la más ligera dedicación sentimental en la forma que ocurre entre los occidentales, en primer lugar, porque al llegar la hora de la ceremonia nupcial suele ser la vez primera que ambos se ven en la vida : esto, entiéndase bien, por regla general.

Sin embargo, esa muchacha soltera es posible que no sea virgen en ningún sentido de la palabra. Las viejas tradiciones de su pueblo no quieren que la virginidad sea un signo de pureza, y el simple detalle que tanto valor representa en el mercado matrimonial para los occidentales, carece aquí de importancia, tanto, que hasta hace muy pocos años las familias más honorables no tenían ningún inconveniente en vender a sus hijas, o alquilarlas, mejor dicho, lo mismo para utilizar sus servicios en matrimonios temporales mediante un tanto al mes, que para dedicarlas a la prostitución en los establecimientos oficiales que existen al efecto.

Hasta la libre entrada de los occidentales a últimos del siglo XIX, es decir, no hace aún un centenar de años, el Japón conservaba las tradiciones más remotas heredadas de muchos siglos.

Las grandes ciudades de la costa, más en contacto con la civilización occidental — Tokío, Yokohama, Nagasaki, Kobe, etc.—, apenas si conservan los antiguos usos como preciados recuerdos históricos. Pero en el interior, como en Kioto «la Santa», por ejemplo, en los tiempos actuales pueden observarse los mismos usos que hace mil años, los cuales se practican por los severos tradicionalistas con un fervor digno de aquellas edades esplendorosas del feudalismo medieval del Yamato.

No hace muchos años, los primeros investigadores y literatos que visitaron el país nos revelaron la supervivencia de las costumbres remotas. El culto del honor, el de la guerra y el del amor, parecían el trípode más firme sobre que se asentaba la vieja moral japonesa. El honor militar era una cosa y el del amor otra. Un militar se consideraba deshonrado si perdía una batalla, y la única compensación de tal desdicha no podía ser otra que darse la muerte por medio del famoso *harakiri*, que es el suicidio por destripamiento : ni más ni menos.

Pero las derrotas de amor no podía inferirles lo que nosotros consideramos una mujer decente, aquella que en las exaltaciones espirituales más agudas se estima como la única que puede llevar dignamente el nombre del que la ama. Por el contrario, eran—y son—las *geishas*, las descendientes de aquellas otras contemporáneas de la hetaira griega, las únicas mujeres que merecen los más tremendos sacrificios de los hombres, las únicas capaces de inspirarles, como las míticas musas, las pasiones más arrolladoras, los crímenes más espantosos, las obras de arte más bellas y los más delicados poemas.

Los muchachos y muchachas japonesas gozan de una libertad absoluta en aquellos aspectos que a nosotros nos parecen más condenables. Ellos y ellas se bañan completamente desnudos, juegan, cantan y se gastan bromas que a nadie sorprenden. No obstante, aun viéndoles entregados a estas diversiones, cuesta trabajo atribuir a sus distracciones un carácter pecaminoso, según los occidentales entendemos el pecado. La lucha nacional del *jiu-jitsu* la practican lo mismo los muchachos que las jóvenes. Este deporte, que convierte al que lo domina en un enemigo peligroso, requiere de ciertas presiones y golpes que se fundan en un perfecto conocimiento del sistema muscular. Durante la lucha entre dos jóvenes de distinto sexo, ella procura asir con las manos los genitales de su contrincante masculino, o viceversa, seguros de que tales presiones contribuyen a la paralización de la defensa. Pero, a pesar de todo, jamás se asocia a la lucha el menor sentimiento sexual o erótico.

Esto, que parecerá realmente extraño para la imaginación de un occidental, sólo puede explicarse por la igualdad física que en este país maravilloso gozan los dos sexos, especialmente en lo que se refiere a los juegos y deportes. Además, y esto es lo más importante, entre amigos o camaradas, o, por mejor decir, entre jóvenes que se conocen, ya sea por sus juegos, estudios u otra actividad análoga, todo es posible menos el amor según nosotros lo entendemos, e incluso el matrimonio.

No es posible el amor, en primer lugar, porque la esposa o la mujer que se elige o que al hombre se asigna como tal, no puede ser una amante, sino precisamente la madre de los hijos del matrimonio, la administradora, la hija política y, en resumen, la escla-

va del marido, que debe someterse por entero a sus caprichos sin tomar jamás la iniciativa ni aun en los aspectos de la intimidad sexual.

La camarada en juegos, estudios, deportes, etc., de un joven nipón no puede ser su esposa, pero sí su *mekake*, es decir, su concubina o amante. La razón etriba en que la camaradería que igualó a ambos no puede ser la base del respeto que todo japonés debe inspirar a su esposa. Sólo sabiendo hasta dónde llega la influencia de las viejas tradiciones, es posible darse cuenta de lo que la religión del respeto representa en este país.

Esto no quiere decir que no exista un noviazgo casi como entre nosotros y un sentimiento espiritual que equivale al que nosotros tenemos del amor. Ahora bien, la finalidad de estas relaciones, que bien pronto dejan de ser exclusivamente espirituales—lo que sólo ocurre en Occidente de un modo excepcional, según la moral clásica—, no está en el matrimonio, ni siquiera en la procreación : radica en la sensualidad, o, por mejor decir, en la erótica psicofísica, menos los hijos.

Estas relaciones amorosas no representan ningún elemento perturbador en la vida de un japonés tradicionalista. Son uniones libres que se efectúan a espaldas de la familia de los amantes y que pueden disolverse con la misma facilidad que se realizaron. Entonces la muchacha, que no perdió por ello su libertad, puede estar casada desde su más tierna infancia, aunque naturalmente no se haya consumado el matrimonio, el cual tendrá lugar en su fecha, sin que el marido ni su familia tengan derecho a protestar por el género de vida que la esposa haya llevado anteriormente.

Aun en el supuesto de que un hombre que haya convivido con una mujer durante mucho tiempo, llegando al extremo de que ambos se profesen un cariño verdaderamente apasionado, es decir, que no puedan «vivir el uno sin el otro», desde el punto de vista de la tradición, es absolutamente imposible que puedan contraer matrimonio. El japonés considera el amor como una debilidad impropia de los hombres de temperamento viril. Decir de un japonés que está enamorado, es tanto como decir de un occidental que es un invertido.

Este concepto es el producto del viejo criterio ancestral de las castas guerreras, en cuya época, que es casi toda la historia del Dai Nipón, los hombres valoraban la virilidad de tal forma, que hasta el contacto con mujeres, fueran amantes, prostitutas o esposas legítimas, se consideraba denigrante para la masculinidad. Tanto es así, que en las clases militares de Satsuma, seguramente las gentes más belicosas de todo el vasto archipiélago, se consideraba la homosexualidad infinitamente más viril que la práctica normal de las funciones sexuales.

Tal criterio prevaleció durante tantos siglos, que el artificio creó en el alma de muchos tradicionalistas una segunda naturaleza. La mujer era considerada como un ser débil e incapaz del menor esfuerzo útil. Su misión era dar hijos del sexo masculino, para que perseverasen en los afanes bélicos de sus progenitores, que sólo soñaban con las luchas y las conquistas.

No obstante, no se despreció nunca a la mujer, como ocurría en Grecia y Roma y en la Europa medieval, ni jamás se rebajó su importancia hasta el extremo que se observaba entonces. Pero, en cambio, tampoco existía el amor caballeresco, porque si bien no tiene nada de pecaminoso que una mujer soltera haga de su sexo lo que le plazca, el adulterio e incluso la aceptación de homenajes de un hombre era tanto como firmar una sentencia de muerte. Claro es que como los hombres todos tenían un concepto unánime sobre tal materia, ninguno perdía el tiempo en intentar unas conquistas amorosas que, lejos de dignificarle, le hubieran perjudicado en el aspecto moral de su virilidad.

Aquellos aventureros que vivían alejados de sus hogares, ya fuesen militares o partidas de bandoleros, llevaban consigo un número de geishas para que les distrajesen en los descansos efímeros de sus feroces correrías. Las canciones, los poemas y las anécdotas en que eran maestras consumadas estas hábiles artistas, ponían una nota sensual en el alma de bronce de aquellos hombres rudos que sólo vivían para el pillaje y la guerra. Las geishas marchaban siempre a la zaga de los expedicionarios, puestas a cubierto de las flechas de los enemigos. Al mismo tiempo, estas mujeres tomaban parte en la lucha, alentando a los combatientes o curando a los heridos, e incluso llegaban al extremo de intervenir directamente en las contiendas, dando muestras de una heroicidad asombrosa.

Eran las que más se parecían a las hetairas griegas, porque por lo general no prestaban a sus amigos verdaderos servicios sexuales. Su misión consistía en animar los espíritus y no en estimular los apetitos de la carne, ya que el desgaste de tales energías pudiera contribuir al fracaso de las empresas. Pero se las amaba, a pesar de todo. Se las amaba, no como a mujeres, sino como a criaturas ex-

traordinarias que ponían las fragancias de su delicada feminidad en la ruda aspereza de la vida de sus amigos.

La adoración de los *daimios* y *samurayes* era el amor de los caballeros medievales, con la única diferencia de que se lo dedicaban a mujeres completamente libres que, en el caso más grave, no habrían cometido adulterio; más bien lo perpetraban los hombres con sus satisfacciones homosexuales, aunque también diferenciaban exactamente las pasiones del espíritu de las de la materia.

En los festivales en que toman parte individuos de ambos sexos, los jóvenes y las muchachas pueden entregarse a toda clase de manifestaciones de cortesía, de lo que hacen tanto como una religión, prestando las mismas atenciones a sus amigos varones que hembras. El respeto a los padres, como a los antepasados, es un culto; en el shintoísmo, que es la religión nacional, todo estriba en venerar a los *khamis* o espíritus de los ascendientes muertos, los cuales son perfectamente felices en el cielo gracias a la veneración de sus menores vivos que les rezan constantemente.

En estas oraciones, que se celebran colectivamente en grandes templos, especialmente en la fecha del *Bono-Matsuri*, esto es, de los difuntos, los jóvenes de ambos sexos ponen un fervor casi místico. Ello no obsta para que después de los rezos entonen un canto a la vida, dividiéndose en parejas que van a perderse en lo más intrincado de los bosques de la Montaña Sagrada de Kioto, que es donde con más esplendor se celebran estos festivales.

Todo se efectúa de una forma respetuosa, pero sin afectación. Se considera el hecho más natural que en aquella fecha las jóvenes de todas las clases sociales cambien su honestidad habitual por la ligereza de las *oiráns*, que son geishas de categoría inferior, o, por mejor decir, prostitutas.

En estas ocasiones las muchachas recuperan su libertad primitiva y se dejan solicitar por los jóvenes, aunque entre ambos no medie el menor conocimiento anterior. Lo mismo ocurre, tal vez en mayor escala, durante las fiestas de la Primavera, es decir, seis meses antes de la celebración del *Bono-Matsuri*, que tiene lugar en octubre, lo que nos revela la existencia de un ritmo sexual impulsado por la Naturaleza y conservado por la tradición.

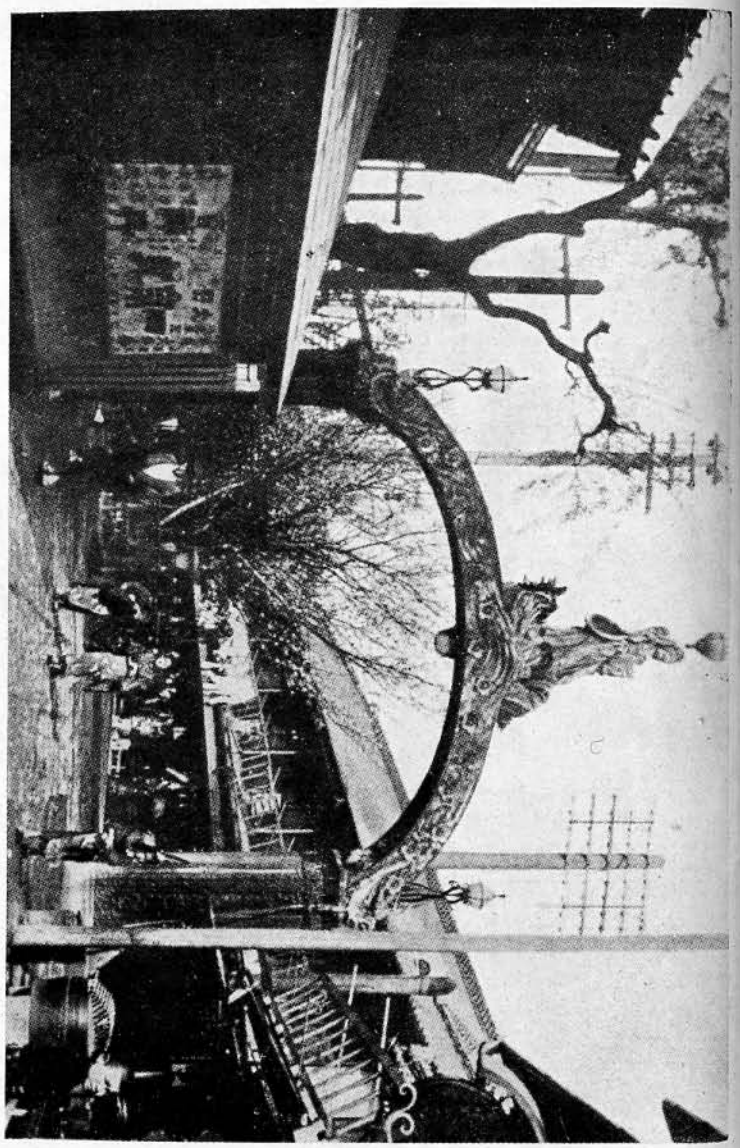
Estos cortejos no duran más que unas horas, como se podrá comprender. Como las fiestas duran varios días, es posible que algunos galanteadores prolonguen algo más el sitio hasta rendir la plaza; mas en este caso, la actitud del galán revela ya la existencia de una in-



MATRIMONIO «AINU»

Los matrimonios ainus parecen ser los mejor avenidos del mundo, ya que aun existiendo facilidades para el divorcio, rara vez llegan a tales extremos en sus desavenencias.

LAMINA I



EL «YOSHIWARA» DE YOKOHAMA

Estos barrios, exclusivamente dedicados al placer, están organizados lo mismo que una ciudad, con todos sus servicios públicos, aunque separados del resto de los habitantes que en el Japón no son más honestos.

LAMINA II

clinación psíquica, es decir, de un conato de amor, lo que se considera como una conducta poco digna de verdaderos hombres.

En las tentativas de estos breves noviazgos se pasa en seguida «al grano», como diríamos vulgarmente. No obstante, antes de llegar a tal extremo, el galanteador extrema sus atenciones con la elegida, obsequiándola con flores, dulces, refrescos y toda clase de parecidos homenajes, que ella tiene que aceptar aunque no tenga de ello el menor deseo. La muchacha hace todo lo posible por adornarse, imitando las actitudes de las geishas, seguras de que de esta forma llamarán más la atención de sus amantes de unas horas. Ellos las comparan en cánticos y poemas con las artistas o prostitutas más célebres de estos tiempos y de los pasados, sin que en ello puedan encontrar el más leve motivo de ofensa. Por el contrario, este breve noviazgo, «bello y efímero como la flor del cerezo», no puede existir si no es aproximándose en todo a los hábitos y gestos propios de las geishas, que son las únicas mujeres que inspiran verdadero amor a los japoneses.

En esta quimera, que es, como si dijéramos, los momentos en que el instinto se manifiesta libremente y sin las restricciones crueles de la tradición o las costumbres, no cabe duda que se ama un poco, pero quizá no tanto como se finge el amor. Después de todo, esta es la actitud más correcta que pueden guardar las célebres prostitutas.

Como ocurre casi siempre, la iniciativa la toma siempre el hombre; ella no tiene que hacer otra cosa sino soportar los homenajes y mostrarse lo más silenciosa posible en sus ademanes. Ellos, en cambio, suelen ser más sinceros. Evocando los tiempos heroicos, llegan incluso a darse la muerte por medio del «harakiri», como el homenaje supremo que puede rendirse a la celebridad de la supuesta geisha. Esta trágica comedia se ha representado muchas veces entre jóvenes que no se conocían y que era aquella la vez primera que se veían en su vida.

Resulta difícil afirmar si el dramático acto final era una consecuencia de la tradición, o, en realidad, un movimiento espontáneo inspirado por un legítimo amor, por una pasión incontenible a fuerza de haber estado reprimida tanto tiempo.

Claro es que si hemos de atribuir al factor tiempo la importancia que tiene entre nosotros, no es posible creer que el amor pudiera llevar a los amantes de unas horas a los extremos a que llegó el enamorado de Teruel.

Aparte de esto, aún entre nosotros se registran casos parecidos —sin que se llegue al suicidio, ni mucho menos—, en los que el impulso psíquico conduce al enamorado a realizar verdaderas locuras. Muchos hombres dicen que serían capaces de «cualquier cosa» con tal de disfrutar por unos instantes los favores de una mujer. Cleopatra fué una de esas hembras que inspiró pasiones arrolladoras a muchos hombres, que dieron gustosos sus vidas a cambio de las caricias de la célebre reina.

Pues bien : este sentimiento extraño, este impulso que no es exclusivamente erótico, pero que tampoco es específicamente psíquico, parece observarse con frecuencia entre los japoneses. Son los casos del «flechazo» de Eros Alado ; algo extraordinario en sus costumbres y que a todo trance niegan las viejas tradiciones.

La razón del suicidio en estos noviazgos tan breves podemos encontrarla también en la tradición. Es posible que un hombre incurra en esta debilidad de amar, intolerable para los tradicionalistas. Puede ser que una vez experimentado ese sentimiento, esa dulce emoción prohibida, puesto que ni un *heimin*, es decir, el más humilde campesino, la toleraría para sí, surja la reacción de conciencia, la consciencia del grave delito cometido contra los principios históricos de la raza. Entonces, al no poder vivir sin ese amor, es decir, al verse en la imperiosa necesidad de aislar las dos naturalezas, la física y la moral, ¿ qué mejor solución puede hallarse para el conflicto que la de darse la muerte ?...

En los tiempos actuales, cuando las influencias de Occidente han transformado la forma de la vieja moral nipona, el fondo permanece puro en el alma de muchos japoneses. Por esto vemos con frecuencia que hombres que tienen del honor un criterio tan hermético e inmutable, se suicidan por motivos que no acertamos a explicarnos. Entre nosotros existe aún ese romanticismo, que obliga al capitán de un barco que por impericia perdió la nave, que se levante la tapa de los sesos de un pistoletazo. No puede ser por medio del veneno, del puñal, de la estrangulación o de la sumersión, no ; tiene que ser, precisamente, de un tiro. Pues así los japoneses se suicidan abriéndose el vientre de un enorme tajo. El guardabarrera de un paso a nivel de la línea de Hokaido, se destripó por habérsele olvidado echar la barrera al paso de un tren que arrolló a un automóvil, matando a sus ocupantes ; un guardia urbano hizo lo propio en Tokío cuando se enteró de que había muerto un niño por haberse caído en una alcantarilla que estaba destapada, cuando él pudo

evitar la desgracia si no se hubiera alejado unos momentos de aquel lugar cuya vigilancia le estaba encomendada ; un bonzo de un templo se suicidó de idéntica manera porque habiendo bebido más de la cuenta, se vió imposibilitado de tomar parte en unos oficios... Y así nos estaríamos refiriendo casos de verdadera exaltación del amor propio, del orgullo, del espíritu de la raza más honrada y seria del planeta.

Todas esas faltas que pudiéramos llamar de celo profesional, no afectan más que a un aspecto artificial de la vida. Pero cuando se trata de sentimientos tan arraigados en el ser, como son los del amor y el odio, ¿ cómo es posible que esas reacciones no se manifiesten con más intensidad en aquello que es tan íntimo, que afecta a la naturaleza del ser, a su organización y a sus manifestaciones e impulsos más irreprimibles ? Para un general es deshonroso perder una batalla ; pero para un joven es infinitamente más denigrante haber sucumbido a la atracción de una mujer que le inspiró el amor que sólo puede sentirse ante los encantos de una geisha, que intelectualmente está formada para eso y es superior al resto de las mujeres.

Un adagio nipón reza que "la vida de una mujer en el corazón de un hombre no debe ser más duradera que la flor del almendro en el árbol». Se refiere con esto a las no profesionales del amor. Se admite, por tanto, que un hombre ame a una mujer fuera del matrimonio, pero se niega esta condición en otro caso, ya que los legisladores de tan compleja materia, buenos psicólogos al fin, saben que el hombre que se somete al dominio sexual de una mujer acaba por perder la fuerza de voluntad que tan necesaria ha de serle dentro del hogar, que se constituye sólo para procrear hijos y rendir veneración a los antepasados. A lo sumo, esa emoción debe ser sólo pasajera y efímera, como la vida de la flor del almendro en el árbol.

No es que entre estas gentes supercivilizadas se sienta un desprecio invencible hacia la mujer ; por el contrario, en todas las épocas han florecido muy dignos representantes del sexo femenino que se destacaron en todos los órdenes de la actividad, como escritoras, comediantas, poetisas, políticas, sociólogas, etc., que en nada se diferenciaron de los hombres. Pero es que en la existencia de todo buen japonés los sentimientos se supeditan siempre al interés del hogar y de la raza, de las tradiciones y del honor, de las conveniencias y no de los convencionalismos.

Pueblo austero por naturaleza, sobrio, emprendedor, paciente y

tenaz, sabe que la voluntad sólo se doma convirtiéndola en ener útil a fuerza de oponer la inteligencia a los fuertes impulsos de pasiones y de los instintos. A la mujer se la considera un ser in rior en este aspecto; ni física ni moralmente puede competir con hombre en la solución de los problemas de la existencia práctica como quiera que por su especial condición sexual es muy capaz subyugar por entero al hombre, al someterse éste al dominio de sexo, no cabe duda que también lo hacía a su voluntad, de cu forma se llegaría a un sistema ginecocrático de gobierno íntimo el hogar, que es el sagrario de la máximas devociones.

De aquí que la poligamia subsista en el Japón a pesar de ultracivilización occidental. El matrimonio en sí es monógamo: hombre no puede casarse más que con una mujer por medio de u ceremonia sencilla, y divorciarse por el mismo procedimiento. Pe si no puede tener más que una esposa legítima, en cambio está au torizado para disponer de tantas *mekakes* o concubinas quiera y pueda mantener, lo mismo dentro del hogar conyugal que fuer de él.

Y la finalidad esencial del sistema está en que no sea una sola mujer la que le satisfaga sexualmente, sino varias, para que no pue da existir ese exclusivismo sexual que transforma por completo las voluntades más firmes. Del mismo modo se toleran a la juventud las relaciones sexuales más libres, pero a condición de que no sea siempre la misma mujer la que merezca los homenajes de un solo hombre, a fin de evitar ese dominio que sólo pueden ejercer las gei shas, protegidas por el Estado, y fieles aliadas suyas: exactamente igual que en la remota Grecia.

En el Imperio del Japón existe una raza, la de los *ainus*, pueblo poco numeroso y de raza blanca, de rasgos semíticos y, generalmente, muy peludos, que ya no sustentan las mismas teorías que sus dominadores los japoneses amarillos en lo que se refiere al amor.

Las mujeres ainus no están sometidas a la autoridad del esposo, ni toleran tampoco el adulterio. Ambos sexos trabajan en todas las faenas domésticas de una forma en que se evidencia claramente la verdadera igualdad, si bien, como es natural, físicamente tienen que ser inferiores al hombre.

Los viajeros que han visitado las islas habitadas por las ainus dicen que estas mujeres son muy apasionadas en las cuestiones del amor. Tan apasionadas, que el sadismo es en ellas muy frecuente,

especialmente en la forma del mordisco, según refiere Savage Landor, que estudió con detenimiento las costumbres de esta raza.

Refiriéndose a las relaciones sexuales que sostuvo con una muchacha ainu, dice lo siguiente: «Amar y morder eran para ella lo mismo. No podía hacer lo uno sin hacer lo otro. Cuando nos sentábamos sobre una piedra, al anochecer, comenzaba a morderme suavemente los dedos, sin hacerme daño, como los perros cariñosos hacen a sus dueños. Luego me mordía en el brazo, en el hombro, y cuando ya estaba más excitada, pasaba sus brazos alrededor de mi cuello y me mordía en las mejillas. Era indudablemente una manera curiosa de hacer el amor, y cuando me había mordido en todas partes y estaba cansada de la nueva sensación, nos retirábamos a nuestras casas respectivas. Sin duda, el beso era una cosa desconocida para ella.»

El galanteo suelen iniciarlo ellas sin esperar a las declaraciones de los hombres. Su actitud no se limita a embellecerse y coquetear realizando ciertas insinuaciones, sino que, por lo común, eligen al hombre de sus preferencias durante las fiestas que se celebran con este pretexto. Los matrimonios son monógamos entre las clases inferiores, pero los ricos suelen practicar la poligamia, valiéndose de las mujeres que habitan en la casa como servidoras del hogar, por lo que se denominan esposas secundarias, para distinguirlas de la "gran esposa", o sea la mujer legítima del dueño de la casa.

El noviazgo puede decirse que no existe, al menos en la forma que nosotros estimamos como perfectamente moral. Las relaciones sexuales libres suelen constituir la fórmula más corriente, pero sin que tampoco medien firmes lazos de simpatía entre los amantes.

La virginidad no tiene ningún valor, sino que, por el contrario, las muchachas que llegan a cierta edad conservando los atributos físicos o, por mejor decir, sin tener ningún suceso galante que referir a sus amistades, está expuesta a quedar soltera para toda la vida; pues en virtud del género de existencia que llevan, envejecen muy pronto y pierden sus mejores encantos sexuales.

No obstante, el hombre que en su juventud ha llevado una vida bastante agitada termina por ser un marido modelo. Otro tanto sucede en las mujeres; creyéndose, y no sin fundamento, que cuantos más placeres disfruten de solteras, más pronto se hastiarán de ellos, dedicándose después por entero a los cuidados del hogar. Los matrimonios ainús son los mejor avenidos del mundo, ya que aun existiendo facilidades para el divorcio, rara vez sus desavenencias

llegan a adquirir tales proporciones que hagan necesaria la separación. (Lámina I.)

En China, la mujer abunda tanto, que no pasa de ser, como decía un viajero americano, "una mercancía despreciable". El espíritu ascético de la doctrina de Confucio, se opone a la libertad sexual de las mujeres, y aunque no es condición precisa que la esposa sea virgen en el momento de celebrarse el matrimonio, el adulterio es penado con gran rigor.

No existen tampoco ni el amor ni el noviazgo. Los matrimonios se realizan por compra de la esposa, negocio que efectúan los padres de los contrayentes cuando éstos se hallan en edad muy temprana, por lo general, a los cuatro o cinco años. No es preciso que las criaturitas vivan juntas, ni que tampoco se consume la unión a esas edades, hecho que resultaría poco menos que imposible y sin trascendencia biológica alguna. Es más tarde, hacia los doce años de ella, cuando los cónyuges se instalan en su domicilio, inmediato al de los padres de él.

Lo mismo que hemos dicho del Japón, puede afirmarse de China, con la diferencia de que en esta República la condición social de la mujer es bastante inferior.

EL JAPON, HEROICO Y GALANTE

Una frase que no dice nada.—El japonés no es galante con sus mujeres.—La mujer heroica y galante.—La indiferencia sexual masculina.—El suicidio antes que el matrimonio. Las que adoraban a los guerreros.—La doble moral.—La terrible suegra.—Los matrimonios que visitan a las amantes del marido.—El orgullo de la esposa.—El «Fukuwara» o camino de la felicidad.—El antifeminismo de los japoneses.

El epígrafe que encabeza este capítulo es el título de un libro que el novelista Gómez Carrillo escribió en París hablando del Japón, que no se tomó la molestia de visitar, ni siquiera de paso. No obstante, se informó como pudo, valiéndose de las narraciones de los orientalistas más sinceros que en realidad estuvieron en el viejo Imperio del Sol Naciente.

Pero, en realidad, el Japón es un pueblo heroico y galante: heroico, porque en toda su historia, tan añeja, los hechos del heroísmo de sus guerreros y gobernantes sirvieron de motivo a las más hermosas páginas con que se enriquece el pasado y se enorgullece el presente en el que aún se vive, teniendo por inspiración el espíritu de las ancestrales tradiciones.

Pero galante... Nosotros tenemos el hábito de asociar la galantería con la mujer, hasta el punto de que nadie puede decir que es galante si no es refiriéndose a sus relaciones con mujeres. Y si a esto vamos, el japonés no ha sobresalido jamás en tal aspecto. Es un pueblo cortés hasta la exageración, fiel a sus tradiciones y a su palabra, hospitalario, serio, respetuoso con los extranjeros y con sus mismos compatriotas. Un japonés es tan galante con una mujer como puede serlo con un hombre, pero nada más. Nosotros somos galantes con las mujeres, porque, casi siempre, detrás de esa galantería, existe una segunda intención más o menos consciente. Nuestro afán por hacernos agradables a las personas que nos rodean, no

se extrema tanto con un hombre como con una mujer. El japonés no establece distingos en la materia, a no ser que se trate de individuos perfectamente occidentalizados que hayan prescindido de las tradiciones milenarias, y aun es posible que esta actitud la reserven para cuando no se encuentre delante de sus compatriotas

La galantería del japonés con sus mujeres—conste que hablamos de los tradicionalistas y también de otros tiempos anteriores—, se basa en la igualdad de derechos. Si entre nosotros la debilidad de la mujer es un motivo que nos inspira las atenciones que socialmente se la dedican, en el criterio de estos asiáticos, la inferioridad del sexo femenino inspira cierto desdén que se oculta siempre, aunque a duras penas, bajo la recia máscara de la eterna cortesía.

El amor, como hemos dicho, se considera como una de las debilidades más censurables en un hombre; un juego de niños, que no merece la pena de ser tomado en serio, y que convierte al enamorado en un ser poco menos que despreciable.

Pero es que entre las mujeres, y en lo que a ella respecta, puesto que su debilidad es comparable con la del niño, ya no sucede lo mismo. Una mujer tiene derecho a enamorarse, es decir, a manifestar sus impulsos del alma y de la carne con toda libertad, porque basándose su religión en el respeto a los seres superiores, como el hombre tiene para ella este valor definitivo, procura hacerse agradable a él por todos los procedimientos, sin que la importen nada los más tremendos sacrificios.

Así, pues, en lo que al amor se refiere, la galantería y el heroísmo son cualidades del espíritu femenino, que se dedican ardientemente a los hombres, como pruebas de adoración, de respeto y, sobre todo, de inferioridad. El japonés no ama, pero se deja amar. Todos sus códigos morales relativos a la vida sexual, dicen que la mujer está hecha, en primer lugar, para parir y criar hijos, y después, para subordinarse por entero al hombre, del cual son los hijos del matrimonio. Debe procurarle toda clase de deleites, sean los que fueren, y mostrarse siempre alegre y dispuesta para satisfacer los caprichos o deseos del señor de la casa.

En la vida de todo buen japonés, la descendencia es la preocupación constante: la existencia de un hombre importa menos que la de la familia, que es donde están los verdaderos puntales que sostienen la raza. Mas la mujer, por muy buena japonesa que sea, no puede sobreponer estos convencionalismos ancestrales al imperio de sus impulsos, de sus ternuras y de su sexo, en una palabra. Pese

al dominio milenario de esos prejuicios, que entre los tradicionalistas hacen de la mujer una verdadera esclava, la mujer sabe que el hombre no puede prescindir de sus servicios, aunque no sean más que sexuales, lo que ya es bastante. Ahora bien, a pesar de todo, como el sexo masculino vive influenciado poderosamente por el espíritu de las viejas tradiciones que prohiben el amor, que consideran a la mujer como un ser nocivo para el progreso de la raza y, a pesar de todo, como un enemigo poderoso del hombre, al que puede dominar con la habilidad y la fuerza que se derivan de sus pasiones, ella tiene que arbitrarse recursos suficientes para calmar unas excitaciones tanto más intensas cuanto más difícil resulta el logro de los procedimientos naturales que anhelan para satisfacerlas.

Los métodos autoeróticos de que ya hemos hablado en otros volúmenes y de los que tan frecuentemente se sirven estas mujeres, por lo general, prostitutas o casadas, evidencian de una manera clara y terminante que no es sólo el amor físico lo que puede satisfacerles, sino que necesitan de otras dedicaciones. Una japonesa educada es inasequible en absoluto para un hombre que no la inspire, no digamos amor, sino siquiera simpatía. Esto sólo puede lograrse en los yoshiwaras, y aun así es preciso un largo preámbulo, durante el cual el hombre debe poner en juego todos sus conocimientos del arte de la seducción, si no quiere exponerse a que la señorita finja una indisposición que echará por tierra todos los planes del amante de unas horas.

La mujer, repetimos, tiene que luchar contra la indiferencia completamente artificial de los hombres, que son para ella seres superiores, ya que así lo vieron en su casa en la que el padre era poco menos que un santo. Hasta hace muy poco tiempo, los periódicos japoneses daban cuenta con mucha frecuencia del suicidio de muchas jóvenes, las cuales ponían fin a su vida por contrariedades amorosas, y, lo que es más sensible, "para escapar a las penas y claudicaciones del matrimonio", como ha dicho el escritor japonés Kino Tamura.

La mujer, pues, ha recurrido a todo con tal de captarse la adoración de los hombres. Por eso son heroicas y son galantes, lo mismo que lo fueron sus abuelas y hasta las diosas tutelares. No era preciso que fuesen geishas: les bastaba con ser mujeres, no importándoles gran cosa que resultasen o no madres.

Han recurrido a todo, incluso al suicidio. Uno de los más populares cuentos japoneses atribuídos al mikado Kuazan, se refiere

a la aventura de una joven que tenía dos pretendientes. "Los dos —dice el autor—son tan parecidos de rostro y de cuerpo, que la bella se propone escoger al que mayor amor le demuestre. Tan parecidos eran ambos, como igual el amor que profesaban a la elegida, lo que hacía imposible establecer la distinción. En esta situación transcurrió mucho tiempo, hasta que el padre, que se mostraba propicio a conceder a su hija a uno de los galanes la dijo: "Produce verdadera lástima el espectáculo de esos jóvenes llenos de méritos y de amor que se mueren de tristeza esperando tu sentencia. Ambos están de acuerdo para resignarse ante tu voluntad, y si tú escoges a uno, el otro se alejará en silencio".

"La joven, que se encontraba con su familia en uno de los ventanales de la casa, hizo que acudieran sus pretendientes, y les dice: "En Dios y en mi ánimo os juro que vuestro amor me emociona profundamente. Si uno de vosotros fuera superior al otro, por ése me decidiría, pero en todo sois el uno y el otro perfectos. Para decidirme, pues, no encuentro más medio que recurrir al azar, y así os ruego que apuntéis a aquel pájaro que vuela sobre el agua. Mi mano pertenecerá al que logre alcanzarlo con su flecha."

"En efecto, los enamorados galanes, esgrimieron sus arcos después de hacer una señal en las flechas y las dispararon al mismo tiempo. El ave cayó herida, y uno de los servidores fué a recogerla. Mas la sorpresa de todos fué muy grande, cuando vieron que los dos proyectiles habían penetrado juntos en el cuerpo del animal. Entonces, la joven cantó el siguiente verso: "Cansancio de ver sufrir,—¡cuán cruel eres.—Yo ya no quiero soportante—y me voy dichosa—para los que me aman no sigan en sus tormentos."

"Al final de la canción, que todos escuchan con religioso silencio, se despide de sus padres y sus amantes y se precipita en el fondo del río. Los pretendientes piden permiso para suicidarse a los padres de la desventurada, y éstos, muy emocionados, no pueden por menos de otorgárselo. Entonces, se colocan en el borde del río, y a la vez que se destripan se dejan caer al agua, donde sus cuerpos, ya unidos en el cielo, se juntarán con el de la adorada.

De historias como ésta está llena la literatura japonesa. Mejor dicho, no son iguales: se trata de mujeres que, no pudiendo soportar el desdén de los hombres, o su indiferencia siquiera, buscaban en el descanso eterno la compensación de los crueles dolores que les enviaba la vida.

Esto, que ocurría en los tiempos históricos, ya no sucede más

que entre las mujeres hijas de las familias tradicionalistas que no quieren desprenderse del espíritu de los usos antiguos. No obstante, aunque las jóvenes estudian en las Universidades, como el respeto a los padres es inviolable, pese a sus modernos conceptos de la libertad, no tienen más remedio que someterse a la tiranía familiar, en lo que se refiere al matrimonio, aunque, en el aspecto sexual de su vida libre, practiquen el matrimonio de prueba.

Ya no es posible que puedan repetirse las hazañas heroicas de los tiempos caballerescos, cuando las mujeres marchaban en pos de los guerreros para tener el honor de ofrecerse a ellos en los altos de las batallas. Este sería el ideal de los viejos moralistas tradicionales, en cuyo caso sus hijas, dignas de los maridos que pudieran desposarlas, llegarían al matrimonio aportando a los blasones del esposo las glorias familiares.

Antiguamente, las muchachas huían del hogar paterno para conquistar la gloria, la celebridad y todas aquellas virtudes tan apreciadas en la época del romanticismo medieval. Procuraban distinguirse en todos sus actos, incluso en los más temerarios, con tal de lograr la atención de los guerreros. Eran útiles a los intereses de la patria acompañando a los guerreros, y lo eran después dándoles hijos. La que podía conquistar a un hombre que amase, era feliz, y no precisaba más. Sólo el hecho de saberse la esclava del marido bastábale para realizar toda clase de sacrificios con tal de agradar a su dueño.

Extremaban sus cortesías hasta el extremo de disfrazar con una máscara de placer sus dolores físicos y morales más hondos. Todo antes de que el marido, dueño y señor, pudiera advertir en ella la más leve indisposición de ánimo.

Pero, aun a pesar del tiempo transcurrido y de los nuevos usos copiados de la civilización occidental, la mujer japonesa continúa siendo heroica y galante con los hombres. Las modernizadas, las que se educaron en Europa o en América, son en público tan desenvueltas y despreocupadas como lo sean las occidentales. Ahora bien, cuando se llega a la intimidad del hogar, surge la moral primitiva en toda su pujanza y en sus aspectos tan varios. La que en la calle no se hubiera diferenciado en nada de una turista inglesa o yanqui, es ahora una criatura humilde y sumisa, que no se atreve a levantar del suelo la mirada que teme dirigir a sus mayores.

Es una doble moral la que se observa, mejor dicho, la que al occidental le resulta imposible observar, porque en su presencia las

cosas ocurren exactamente lo mismo que en la calle, en el teatro o el círculo, con la sola excepción de que no son iguales los trajes. Yo creo que estas gentes cambian el alma con los vestidos.

El japonés tiene la habilidad extraordinaria de saber velar sus emociones, por muy intensas que sean y muy profundamente las sienta en el alma. Esa eterna sonrisa, esa mueca de bienestar que a todas horas asoma en sus labios es el mejor signo de buena educación que puede mostrar un nipón, no sólo en sus relaciones sociales, sino dentro de la intimidad de su hogar. El japonés no se enfada nunca ni blasfema jamás: en este último aspecto, son la antítesis del español.

Pero a la mujer le está permitido mudar la expresión de su semblante, reflejando en él sus emociones, únicamente cuando se halla en presencia de los hombres; ante mujeres, sus gestos serían intolerables. Sólo las geishas, cuya profesión estriba en procurar placeres, están obligadas a la eterna sonrisa "porque nuestras penas —dicen—no deben entristecer a nuestros amigos, que si estuvieran apenados no se tomarían la molestia de visitarnos". Este heroísmo de la geisha es un aspecto que no se observa en la mujer libre. Ahora bien, la esposa, que a la vez es nuera, tiene que ser también heroica y galante, al menos dentro del hogar. Entre los motivos de divorcio que puede aducir un japonés, está el de que la esposa replica o contraría a la suegra.

Y que hace falta un heroísmo a prueba para soportar a la mamá política que por lo general suele ser lo más impolítico que puede darse, es un hecho universalmente comprobado. Esta injusticia patente de la moral conyugal japonesa que somete a la esposa a la autoridad de la suegra ha servido de tema a muchos novelistas y comediógrafos modernos para criticar tan extraño aspecto. Desde luego, si por unos meses sólo se cambiasen las tornas y fuera el marido quien hubiese de inclinar la cabeza ante la autoridad de la madre de su mujer, no cabe duda que se daría cuenta de la gran crueldad que encierra el sistema.

Pero, a pesar de todo, muchas mujeres se casan incluso después de haberse enterado de que la madre de su marido no es precisamente un dechado de mansedumbre. No obstante, muchas jóvenes, sobre todo las que ya conocen las costumbres de Occidente, con todo género de respetos advierten a su pretendiente que se consideran incapaces de ser heroicas y galantes hasta ese extremo.

En el aspecto verdaderamente sentimental de la cuestión, como

hemos dicho antes, el hombre no tiene más remedio que "dejarse querer". Durante las fiestas de la Primavera, que siguen realizándose casi como en los buenos tiempos de los primeros *shogunes*, es decir, gobernadores, las muchachas rivalizan en habilidades artísticas o coreográficas con tal de llamar la atención de los jóvenes que fingen verdadera indiferencia por el soberbio espectáculo. Yo he tenido ocasión de presenciar una de estas brillantísimas fiestas, y es bien seguro que los más fervientes aplausos no partían de los espectadores masculinos, sino de las mujeres, que seguramente envidiarían la situación libre de las artistas.

Prentender entablar relaciones de amistad con una joven hija de familia tradicionalista, es una tentativa inútil para un japonés e imposible del menor éxito si se trata de un extranjero. Es posible, sí, que ambos jóvenes se amen intensamente. Pero en todo caso, él no debe mostrar un interés resuelto, puesto que ello equivaldría a destruir las ilusiones que la pretendida se forjó. Tales ilusiones no consisten más que en convertirse en su esclava, en su adoradora, en el objeto más humilde del hogar conyugal en el que debe perder los escasos restos de su condición de mujer libre.

En el amor de las japonesas, la tradición por un lado y cierto masoquismo por otro, parecen ser las condiciones esenciales de su sumisión al hombre. Casi puede decirse que no las importa nada que se las ame o no: lo esencial es tener un marido para convertirle en su dios, para vivir pendiente de él, de sus caprichos, de sus gustos y de sus instintos. El máximo honor de una tradicionalista es que su marido esté siempre alegre y sea feliz, ya sea en su hogar con las concubinas, fuera de él, o entre los brazos de las mujeres galantes de los yoshiwaras. Si la felicidad del hombre amado no tiene más precio que la vida, el heroísmo de una japonesa llega hasta el extremo de sacrificarse.

No puede decirse que no sientan celos como todas las mujeres del mundo, celos que son tanto más fuertes cuanto mayores son los motivos de desconfianza; pero resulta que su galantería es tanta, su espíritu heroico tan firme y tan honrado el sentimiento del deber, que mientras los desvíos de su esposo no la produzcan dolores físicos, jamás tendrá derecho a insinuar la más leve protesta.

Para dar una idea de lo que es la actitud de una japonesa enamorada, voy a reproducir un fragmento de mi novela acerca de la vida sexual en el Japón, titulada *La Esfinge del Yoshiwara*:

"—Tu amiga Yuki me inspira una lástima invencible.

nes pudiera llegar a tanto como que un hombre lleve a su esposa a visitar a la antigua querida.

—Y a algo más que a visitarla...—replicó Hana-Kiu con expresión elocuentísima.

Ante esto, ya no pude contenerme:

—Dime, pequeña, ¿te estás burlando de mí?

—La hija de un daimio no miente jamás.

Y en la respuesta lacónica y serena, comprendí que con mis dudas había ido demasiado lejos. Pero debí no dudarlo. Es tan fuerte la atracción que sobre los hombres ejercen las mujeres galantes de los yoshiwaras, que su influencia se extiende hasta lo más íntimo de los respetables hogares nipones.

No hay duda que en las "casas verdes" se ha fosilizado el sentimentalismo de las pasiones carnales que muy raras veces inspira la esposa a un japonés. El nipón elegante y refinado rinde a sus mujeres galantes una devoción casi idolátrica. La cultura extraordinaria de las geishas y oiráns, su lujo fastuoso y fascinante, su histeria pletórica de encanto y heroísmo son los cimientos del altar en que viven con arrogancia de semidiosas, alentando en el alma del Yamato la religión del orgullo. Del orgullo del pasado que se hizo imperecedero en la prestancia elegante y sensual de estos palacios, donde se habla el purísimo yamato y se escribe con los caracteres fonéticos de la *hirakhana,* llenos de poesía, de dulzura y de encanto. Son los yoshiwaras como el inagotable esenciero de todas las tradiciones inmortales que sólo en lo epidérmico ha borrado la demoledora gesta de Occidente. Pero en lo íntimo, en el alma, todo palpita rezumante de vida, fuerte, radioso, callado, simbólico y puro. Sus mujeres, imágenes paganas del mito solemne del amor estéril, se educaron para eso en la poesía lírica del *Manjo-shiu,* en el ensueño maravilloso de las *uttas,* las dulces y mansas elegías y baladas espejo espiritual del antiquísimo Yamato.

¡Oh, la aristocracia gentil de una geisha!... Y son las más tristes, las más codiciadas por estos amantes de una calma sexual inaudita. Yo las he visto sumidas en profundísimos éxtasis en las mágicas noches de los yoshiwaras, urdiendo plegarias y poemas místicos en honor de la bella Tzuky-No-Kami, la diosa sublime del Plateado Semblante. ¿Sería así la querida del bizarro capitán Keitche Tsumato? ¡Pobrecita Yuki, entonces!...

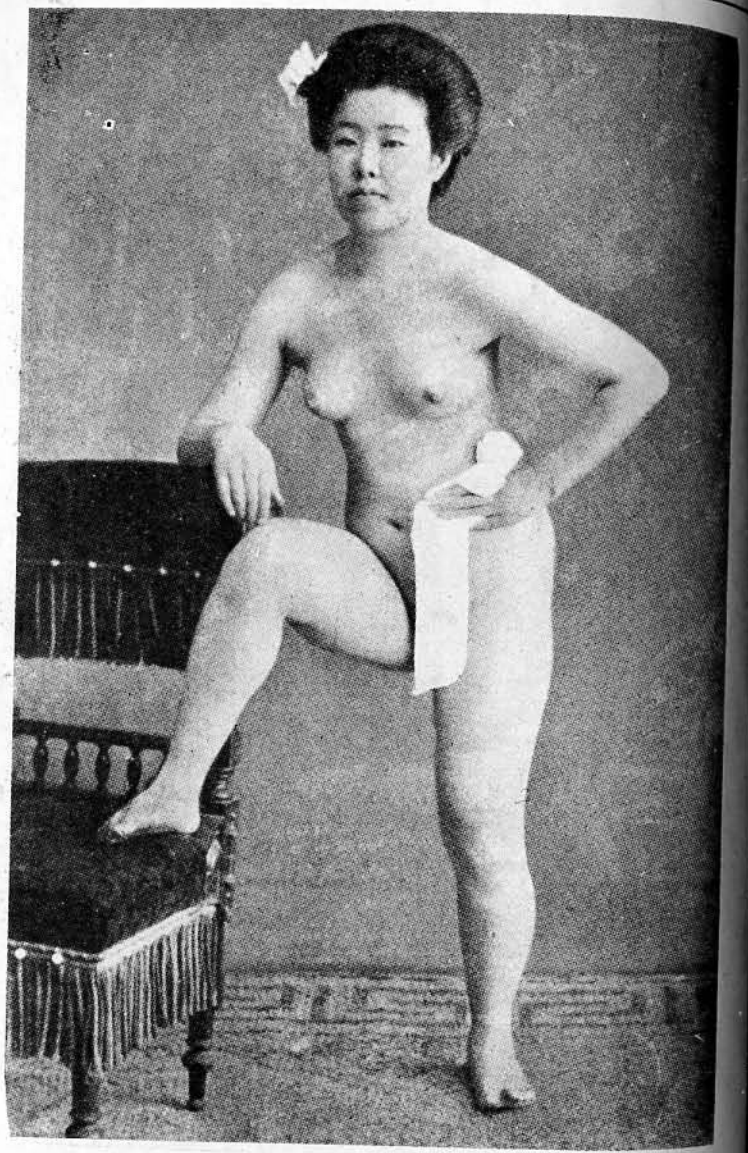
Llegaron al hotel cuando habíamos terminado de cenar. El hattamoto sustituyó su flamante uniforme por la vestimenta tradicio-



EXPOSICIÓN DE PROSTITUTAS

En los barrios galantes del Japón las prostitutas se exponían al público en estas verdaderas jaulas, construídas con cañas de bambú.

LAMINA III



PROSTITUTA JAPONESA

La toalla que esta mujer tiene en la mano indica que no se entrega a los clientes si éstos no acuden a solicitar sus favores perfectamente bañados y limpios.

LAMINA IV

nal, a excepción de los pies calzados en zapatos de lona y del sombrero flexible, que cubría su enorme cabezota rapada. Estaba el capitán perfectamente ridículo; pero ello no era obstáculo para que su esposa le mirase con entusiástico arrobamiento.

Yuki iba ataviada lo mismo que por la mañana, pero reflejaba en su rostro una alegría más expresiva, menos humilde y más encantadora que cuando la vi por vez primera. Llevaba entre los brazos un gran paquete cuidadosamente hecho y otro envoltorio más pequeño atado con cintas y lazos de seda que reproducían hasta el infinito la bandera nacional del Japón. Si me hubiera encontrado en la calle con el matrimonio, diría que el hattamoto era un daimio, y su esposa una simple *koskai* del severo tradicionalista. Pero, ¿pensar que fueran marido y mujer? Nunca. ¿Y recién casados? ¡Jamás!

Entre el trato espiritual que recibe del marido la mujer legítima y el de que se hace objeto a las secundarias mekakes, media un enorme abismo; casi el mismo que en Occidente se establece entre la esposa y la amante carnal. Para ésta, por una deformación del sentido moral, son el respeto, los obsequios y los halagos. Para la compañera legítima, poco menos que el desdén, sin los desmoralizadores inconvenientes del disimulo que en el Japón resulta innecesario.

¿Existe en la moral nuestra algo tan descarado como hacerse acompañar de la esposa para rendir a la amante el férvido homenaje de la más dulce pasión? Pues a tal fin iríamos al Shimawara de Kioto, a la "ciudad sin noche", al barrio galante más célebre y maravilloso del Dai Nipón entero.

Yo no salía de mi asombro. Pero la consigna de Hana-Kiu no me concedía el derecho a una réplica. "Veas lo que veas—aseguraba—, calla y observa." Quiso decirme, en resumen, que para vivir en Kioto la Santa, era preciso que prescindiese en absoluto de todo el lastre de la moral de Occidente, si no quería martirizarme con la evidencia de muy fuertes contrastes casi inaguantables hasta para la sensibilidad más embotada.

—¿Qué lleva Yuki en esos paquetes?

—El presente de bodas para la geisha amante del capitán: unas flores y una joya.

Y cuando mi amante tradujo a la joven desposada el significado de mi pregunta, respondió con altivez magnífica:

—El más bello regalo que la honorable Kayo-San habrá recibido de un amante. Crisantemos, pheonías y magnolias perfumadas y un

medallón de diamantes de Golkond, que ha costado a mi venerable dueño muy cerca de quinientos yens.

El hattamoto paró a cuatro *jinriksas* y dió una dirección al primer conductor. Subió él el primero. Hana-Kiu quiso dejarme pasar para que yo hiciera lo mismo en el segundo vehículo, y repuse galante:

—Sube tú.

—No; tú primero, y no discutas—replicó en tono imperioso.

Subí, sin más etiquetas, porque hubiera sido inútil y además una falta de educación imperdonable que no podía cometer delante de nuestros amigos. Hana ocupó el tercer coche y Yuki el cuarto; así era el protocolo.

Después de diez minutos de marcha, llegamos ante un edificio genuinamente indígena. Era la mashiay, donde esperaba Kayo-San. Nos recibió la *okamei-san*, o dueña de la casa, rodeada de varias *nesáns*, o sea las camareras y sacerdotisas de aquel encubierto templo del amor extenuante.

Acabado el largo capítulo de reverencias de exagerada cordialidad, en lo que me limité a copiar los ademanes de mis amigos, entramos en una salita desprovista de ornamentos, pelada, fría y reverberante de blanco. Sólo muchos *tatamis* en el suelo y dos mesitas pequeñas para el té, componían el mobiliario del aposento. El capitán se despojó de su calzado, y yo hube de hacer lo mismo. Ciertamente, era una injuria pisar con nuestros zapatos la sutil filigrana de las esterillas.

—¿Esperaremos mucho, Hana?

—Una geisha se hace esperar siempre; porque, para el amor verdadero, un japonés nunca debe tener prisas.

—¿El amor verdadero, dices?

—Sin duda alguna. Al menos, el que más se aproxima al concepto vuestro.

En el dintel de la puerta aparecieron dos lindas nesáns, que traían las tazas para el saké. No hay ceremonia pagana que no esté prologada por los imprescindibles sorbos del vinillo nacional.

Tras las nesáns, dos koskais levantaron los pesados damascos que cubrían la entrada, y Kayo-San surgió como una aparición radiante de belleza, lo mismo que una joya fabulosa llena de majestad. Todos nos levantamos de los asientos para rendirle el homenaje que reclamaba su gesto, y altiva, arrogante y deliciosamente bella, apenas si se dignó dirigirnos una sonrisa de acatamiento a nuestra

reverentísima sumisión. Dentro, una orquesta preludiaba las notas extrañas y lúgubres del himno imperial. Casi estuve por dar un viva al mikado, calzarme los zapatos y buscar el aire libre y democrático de las calles del Shimawara, que en aquel saloncito comenzaba a hacérseme irrespirable.

El acto solemne de beber el saké fué complicadísimo. Kayo-San dió un sorbito en su taza, para ofrecérmela luego. El capitán hizo lo mismo con la suya, y se la entregó a Hana-Kiu, quien luego la trasladó a las manos de la pequeña Yuki, que hubo de apurar de un sorbo todo su contenido. Después de rodar las tazas por todas las manos, fueron a parar al *jaidhen*, recipiente de cobre destinado a lavarlas. Y luego, vuelta a beber, aunque yo disimulaba perfectamente que así lo hacía.

Nos sirvieron una bandeja de laca, repleta de *moshis*, dulces y perfumados, rellenos de mermeladas diversas. Era el tradicional obsequio de la geisha a su amante, que fué el primero en devorar como un ogro tres o cuatro pastelillos

El hattamoto llamó a una koskai, entregándola los envoltorios que había llevado la felicísima Yuki, y, cuando la sierva los hubo dejado en la cámara de Kayo-San, Keitche y su querida se despidieron de nosotros, yendo hacia donde fuese, seguidos de las dos koskais. Esto me tranquilizó un poco: pero me equivoqué.

—¿Hacia dónde van ahora?—pregunté a Hana.

—A ver los obsequios que le ha traído.

—¿Y después?

—Después..., te los puedes suponer.

—¿Y las koskais?

—Les bañarán primero, y luego quedarán en la cámara hasta que ellos terminen, para lavarlos de nuevo.

—¿Eh?

—Ya te he dicho mil veces que estamos en Kioto.

—También puedes decirme que has visto volar al Sakya-Muni de Kamakura.

—Eso es imposible, y decirlo sería mentir.

Yuki Imatshiro nos miraba sin comprendernos, aunque creo que debió advertir el sentido de mis frases, porque dijo para que Hana me lo tradujera:

—Dile a tu honorable esposo que mi satisfacción es inmensa al pensar que en estos instantes mi dueño venerable se estremece de amor entre los brazos ardientes de la gentil Kayo-San.

Y yo, que forzosamente tenía que ponerme a tono con las circunstancias, le dije a Hana-Kiu:

—Tradúcele a mi respetada Yuki, que la máxima aspiración de una esposa sumisa y noble, debe ser la de labrar a toda costa la eterna felicidad del hombre que la honra llamándola su esclava.

Hana-Kiu, después de traducírselo, me dijo:

—¿Han respondido tus palabras a lo que siente tu corazón?

—Comprende, pequeña, que en Kioto la Santa no puedo expresarme de distinta manera. A lo sumo, en nuestra casita de Yokohama, puedes replicarme; pero en Kioto, te ruego "que calles y observes".

Yuki no dejaba de mirarnos con su sonrisa eterna, con su gesto resignado de idolillo búdhico. Sentada a la japonesa sobre los tatamis, la comparé con la efigie de Gauthama. Por un instante, la vi reposando sobre una inmensa y pomposa flor de loto, lo mismo que el dulce y callado Sakya-Muni, que no tenía prisa, que esperaba siempre a que los hombres iniciasen las rutas de perfección que fueron las fuentes de su sacrificio. Y Yuki Imatshiro, como Sakya-Muni, también esperaba sonriente y feliz.

Transcurrieron dos horas casi. Al fin, salió el capitán seguido de su amante y de las dos koskais. La geisha traía en el cerco de sus ojos, limpios de afeites, las sutiles violetas del amor.

Yuki fué la primera en ponerse en pie diciendo:

—*Aarigató, kughe Kayo-San, aarigató...*

Es que le daba las gracias más sinceras por haber rendido al hattamoto la deliciosa ofrenda de su cuerpo y de su alma. Pero, sencillamente, pese a la apariencia de su afectación, como la cosa más natural del mundo, o cual la quintaesencia de la más prestigiosa y clásica galantería que brota del grandioso heroísmo de estas extrañas mujeres."

Occidente va venciendo poco a poco todas estas resistencias. En las grandes ciudades del litoral, la mujer ya piensa de distinta manera de como lo hacían sus abuelas; pero en el interior del país las cosas siguen en el mismo estado que hace diez siglos.

El antifeminismo japonés ha encontrado enemigos formidables en muchas distinguidas mujeres, que ya hace años iniciaron una intensa campaña contra el viejo sistema matrimonial, que convierte a las esposas en esclavas. La galantería de antes se ha convertido ahora en un gesto simplemente heroico, que alienta a estas mujeres en la lucha por la consecución de la máxima igualdad de derechos, imi-

tando el ejemplo que les ofrecen las mujeres occidentales, cuya civilización se copia en todo aquello que no contrasta demasiado con la moral de la raza, aunque en muchos aspectos pueda decirse que los hábitos conservados son de una tremenda inmoralidad en comparación con los nuestros.

La leyenda del Japón heroico y galante, va desapareciendo para dar paso a otras realidades más prácticas. Ya los hombres no se suicidan por amor; porque, desaparecidos los frenos tradicionales, pueden ejercitar sus impulsos libremente. Y las mujeres, menos sumisas a los caprichos masculinos, al escalar los puestos de la actividad industrial y burocrática, se han incorporado de lleno al ritmo universal de la libertad y la independencia económica, que es la clave esencial de la solución del problema.

LOS "YOSHIWARAS" Y LOS "CESTOS DE FLORES"

La razón política de la prostitución japonesa. Las prohibiciones a los occidentales o «señores bárbaros».—Aspectos de la prostitución. Escuelas de geishas.—Una profesión honorable.—Las geishas de ayer y de hoy.—Cómo ejercen su comercio.—La oirán.—La promiscuidad.—Los testigos del acto sexual.—Quince mil prostitutas abrasadas vivas.—La prostitución en China.—Los «barcos floridos».—El lujo asiático.

Lo mismo en el Japón que en China, en cuyos países, tradicionalmente, la procreación conyugal es una cosa y el amor otra, que debe manifestarse independientemente de la actividad sexual biológica, la prostitución ha tenido siempre un carácter casi religioso o, por lo menos, ha sido elevada a la categoría de una verdadera institución nacional.

En el Japón, sobre todo, las hetairas merecieron el aprecio de los reyes y magnates, hasta el punto de que estas mujeres eran consideradas como un complemento necesario en la vida turbulenta de los antiguos guerreros, que para su descanso en las enconadas luchas precisaban de estos fuertes contrastes, con el fin de conservar el ánimo siempre firme.

En dicho país, el establecimiento de los yoshiwaras, barrios del placer o "campos de la felicidad", cuya es la traducción literal de la palabra "yoshiwara", tuvo un origen francamente político. En el siglo XVII, un gobernador que se llamó Jejatsu Tokugawa, y que se disputaba la hegemonía del país con el mikado, fijó su residencia en la antigua Yedo, hoy Tokío, obligando a que durante seis meses del año habitaran en las inmediaciones de sus palacio, cuyo terreno estaba circundado por una muralla, todos los señores feudales que gobernaban las distintas provincias sometidas al dominio de Tokugawa, y durante los seis meses restantes, los hijos mayores de los

daimios, mientras sus padres continuaban las correrías por el rritorio del señor supremo.

Con este sistema, Tokugawa tenía la seguridad de que ningu de sus delegados podría traicionarle, ya que de ello respondian cabezas de los hijos que, en realidad, estaban en rehenes.

Todas estas gentes, padres e hijos, que a lo mejor tenían familias y esposas muy lejos de Yedo, como quiera que no pod salir del recinto murado, se encontraban en las peores condicio para satisfacer unos instintos muy naturales. Al efecto, al sa *shogún* se le ocurrió la felicísima idea de dotar al verdadero pu en que él vivía en su castillo de mujeres especialmente preparadas p poder "alternar" con sus más nobles vasallos, prestándoles esos ñaladísimos servicios que sólo podían haber recibido de sus mek o de las esposas legítimas habitantes tan lejos de sus dueños.

Al poco tiempo ya estaban acondicionadas las instalaciones las que empezaron a habitar las geishas y oiráns más distinguidas shogunato. Tan buen resultado dió la práctica de la gran idea, unos meses más tarde todas las grandes ciudades del Japón hab adoptado el sistema tan felizmente realizado por Jejatsu Tokuga el cual tuvo más atados a sus daimios con los lazos de placer que unían a las encantadoras y gentilísimas mujeres del yoshiwara.

Este, y no otro, fué el origen de la prostitución organizada en bello país del Sol Naciente. Un pueblo tan amante de sus tradicion y teniendo en cuenta los grandes servicios que a la patria nipo prestaron estas mujeres de los yoshiwaras, se explica la razón de po qué la prostitución no es deshonrosa, por qué merecen tanto respe la mujeres que a ella se dedican y, en fin, por qué no podrá de aparecer el sistema completamente.

El verdadero y auténtico yoshiwara, es el de Tokio, o sea el de la antigua Yedo; ahora bien, por antonomasia, se da la misma den minación a todos los barrios del placer del Imperio, aunque recib nombres especiales, todos muy parecidos.

Estos barrios, lo mismo antes que ahora, no tienen por misión única albergar a las prostitutas, como por ejemplo los *quartiers* de las colonias francesas. Los yoshiwaras son los barrios de los teatros, de los cinematógrafos, de los cafés y casas de té, de los co mercios de frivolidades, y, en resumen, donde se reúnen las distra ciones todas. Lo mismo el prostíbulo que el teatro, la casa de té o el establecimiento de baños, anuncian su género por medio de gran banderas, que cuelgan perpendicularmente de la parte más alta de

edificios. En estas banderas se explica al transeúnte con gruesos caracteres escritos la especialidad de cada casa, con una honradez a prueba, para que ningún cliente pueda llamarse a engaño. Si se trata de una casa de té, que, desde luego, están servidas por señoritas, se dice si las sirvientes aceptan ciertos ofrecimientos de los parroquianos. En otras, por el contrario, se dice que las nesáns o koskais no practican el oficio de las "honorables *oiráns-san*", o sean las "honorables señoras prostitutas". Hay una competencia enorme, pero también un respeto profundo a cada cual. Ningún dueño de estos establecimientos tratará de desprestigiar la mercancía que ofrece el de al lado. Al contrario, si el cliente busca algo más caro o más barato de lo que se le ofrezca en el primer establecimiento que pregunte, el dueño o el encargado le indicarán dónde puede hallar aquello que busca. Y eso de molestarse por haber "dado la pelma", jamás; por otra parte, aunque se molestaran, a los occidentales nos resulta muy difícil, por no decir imposible, descubrir en el rostro de un japonés la más leve expresión de sus emociones.

La entrada de los yoshiwaras, que son verdaderas poblaciones con todos sus servicios públicos, aunque relativamente alejadas de la población "seria", está formada por un *tori* o arco con una puerta en la que prestan servicio constantemente policías especiales, los cuales cumplen con su obligación de no dejar pasar a personas que por su condición, sus vicios o sus hábitos, no pueda ser "digna" de codearse con las honorables gentes que visitan o habitan el yoshiwara. Esta medida es relativamente reciente, y se estableció para aplicarla principalmente a los *indjin-san* o "señores bárbaros", como respetuosamente se nos llama a los occidentales, sin que tengamos derecho a molestarnos, incluso concediendo a la frase su intención más ofensiva.

Y digo que no tenemos derecho a molestarnos, porque, sabiendo lo que es la exquisita cortesía japonesa, causa espanto pensar en la serie de atrocidades que en estos barrios cometían los marineros ingleses, franceses, y, sobre todo, yanquis, tan pronto ponían los pies en el dintel de estos recintos tan respetables. (Lámina II.)

Los americanos especialmente cometieron tantas tropelías, que hubo necesidad de dictar una disposición severísima, con el fin de poner coto a sus desmanes. Por eso, cualquier marinero que llegue en estado de "medios pelos", es invitado cortésmente por los guardianes de la puerta a tomar el camino de regreso, si no quiere ser conducido a la cárcel o puesto a disposición del cónsul de su país,

previo el pago de una respetable multa, que va a ingresar los fondos de las corporaciones de beneficencia de los yoshiwaras.

Las gentes más respetables de las ciudades no muestran el menor escrúpulo en visitar los barrios galantes y asistir a los numerosos espectáculos que en ellos se celebran. Incluso las *yoro-ya,* o sean las casas de prostitución, reciben la visita de damas muy formales que tienen en ellas amigas o conocidas. No se piensa que el trato con estas muchachas de vida tan alegre pueda ser nada deshonroso. Por el contrario, la profesión de geisha, aunque sean de la categoría *yoro,* es tan honorable como la de mecanógrafa, por ejemplo. La diferencia que existe entre las geishas puras y las geishas-yoro, es la misma que podemos establecer entre nuestras artistas de teatro frívolo y las cocotas elegantes. La geisha pura necesita ser una consumada artista, en tanto que la yoro-san o "señora prostituta" no necesita de tan refinadas enseñanzas para satisfacer los deseos de los hombres.

Hasta el año 1870, en que el emperador Mutsuito lo prohibió por medio de una ley, las jóvenes eran vendidas por sus padres a los empresarios o dueños de casas de placer de los yoshiwaras. Aparte de esto, muchas hijas de buenas familias se dedicaban a la prostitución sin necesidad de las presiones de sus mayores. Hoy ha desaparecido en absoluto esta forma de esclavitud, pero sólo en lo que se refiere a la autoridad paterna, ya que las muchachas que quieren dedicarse a tal oficio no encuentran mayores inconvenientes.

En estos barrios es necesario distinguir a las mujeres en tres categorías, por lo menos. La primera la forman las geishas, la segunda las oiráns y la más inferior las yoro. Las diferencias se establecen principalmente por los conocimientos, es decir, por la preparación especial que tengan para el ejercicio de la profesión.

Realmente, la geisha pura no es una prostituída, ni en el Japón se la considera como tal. Si queremos compararlas con nuestras artistas del género frívolo, es necesario decir que la japonesa es infinitamente más culta y distinguida, más refinada, más educada y mucha más artista que las occidentales. A éstas no puede llamárseles prostitutas, pero tampoco es posible poner las manos en el fuego por su virtud; pues lo mismo, en este aspecto, sucede con la geisha, copia fidelísima de la antigua hetaira.

Muchas de nuestras cupletistas, bailarinas, "vedettes" y demás mujeres que siempre cuentan con una numerosa corte de adoradores, tienen buena voz, bailan bien, o, en todo caso, no pasan de tener

las piernas y los muslos perfectamente formados; por lo general, esto suele ser todo. Pero la geisha, que rara vez deja de fregar platos para taconear sobre un escenario protegida por un empresario caprichoso, como ocurre entre los occidentales con mucha frecuencia, necesita antes de exhibirse en público de una preparación bastante difícil, ya que a sus excepcionales perfecciones físicas han de unir un espíritu modelado para el arte, para el placer y para el amor también.

Muy jóvenes, entre los siete y nueve años de edad, ingresan en las escuelas de geishas que las *keimban,* o sean las empresas de espectáculos, sostienen en todo el país. Estas escuelas son una mezcla de conservatorio, academia de danza, ateneo y centro de cultura física. Precede al ingreso un minucioso reconocimiento médico y un detallado examen de las perfecciones físicas de la aspirante, que, al ser aprobada, ingresa interna con la categoría de *oskakou* o aprendiza, curso elemental que dura dos años para pasar a la clase de *maiko* o bailarina, donde al cabo de otros dos años, tras de sufrir muy rigurosos exámenes, obtienen el anhelado título de geisha. Entonces las direcciones de las keimban se encargan de colocarlas mediante contratos muy ventajosos.

Durante los dos años que actúan como maikos, practican en los yoshiwaras y en los domicilios en que son requeridas, y también en los templos de Shinto y de Budha. Su trabajo es bien remunerado, y el producto lo cobran las keimban, reservando a cada bailarina un tanto por ciento, que perciben al final de su carrera.

La geisha rara vez entrega a un hombre el tesoro de su sexo. Entonces pasa a ser geisha-yoro o geisha-camelia, aunque, por este accidente, no desciende en el nivel de la categoría moral. La oirán, o simplemente la yoro, ya es otra cosa. Estas, son más asequibles a todos los placeres del amor, en sus más extenuantes manifestaciones, dando a la frase una amplitud ilimitada. Ahora bien, por lo general, la preparación de estas mujeres es muy semejante a la de las geishas, que sólo pretenden dedicarse al arte, aunque luego la vida y diversas circunstancias puedan torcer la ruta de sus orientaciones.

En las escuelas aprenden a recitar versos, a cantar, a danzar, composición y ejecución musical, y a narrar las múltiples leyendas de que está plagado el folk-lore nipón. Adquieren incluso conocimientos médicos, cuyos tratados suelen ser escritos por los graves doctores de las Facultades del Imperio. Dominan a la perfección

el arte dramático, la literatura y la filosofía, y, además, aprend... la ciencia de conservarse siempre bellas, jóvenes, alegres... y es... riles, aunque sepan practicar el amor con todos sus refinamient...

Hasta no hace mucho tiempo, las mujeres galantes actuaban en l... fiestas de la aristocracia y aun en las celebradas en las legacion... extranjeras. Su presencia era estimadísima, y ni la más honest... dama tenía inconveniente en sentarlas a su mesa, aunque muy bie... cualquiera de ellas se hubiera estremecido de amor la noche ant... entre los brazos de su inquieto esposo.

Así, pues, su misión esencial estriba en ofrecer a los comens... les el espectáculo magnífico de su belleza y de sus frases elegant... y llenas de ingenio que aprendieron en su internado. Como dic... un novelista español que visitó el Japón muy a la ligera, las geisha... "guardan las tradiciones de la cortesía japonesa, y han mantenid... en los hombres, con su fino trato, la etiqueta y el mesurado lengua... de otros tiempos".

Verdaderamente, la geisha estuvo siempre destinada a satisfac... necesidades psicológicas más que pura y específicamente sexuales... No obstante, las viejas hetairas que forman el profesorado de est... singulares escuelas, no omitieron en sus enseñanzas lo que se refier... al aspecto erótico de la vida, si bien la ilustración en esta materi... es siempre teórica. Para ello se valen de la multitud de estampa... pornográficas, en cuya creación se muestran los japoneses como con... sumados artistas.

Los tradicionalistas sostienen que estas mujeres ejercen su pro... fesión de una manera perfectamente honesta, aun ateniéndose a l... moral de los occidentales. Aseguran que jamás van más allá de su... danzas, sus cantos y sus versos, cuyo carácter artístico, histórico e... incluso erótico, no da lugar nunca a que se altere la calma sexual... de los buenos japoneses, los cuales tienen más que suficiente para... satisfacer el espíritu sin necesidad del complemento específicamente... sexual que obtienen en las relaciones con sus esposas y concubinas.

En efecto, es posible que esto haya ocurrido alguna vez; pero, jus... to es decirlo, de una manera excepcional. Si nosotros no podemos... comprender que una mujer le cuente a un hombre historias de amor... y de placer, recluídos ambos en la intimidad de una alcoba, sin que se... alteren para nada los nervios de la narradora o el oyente, el japonés... asegura que todo esto es perfectamente posible. Creo que esa extra... ordinaria etiqueta, esa cortesía tan japonesa, son bastantes para do... minar los impulsos animales y establecer la diferenciación de los...

dos sentimientos psíquico y físico. Mas si nos atenemos a lo que puede observarse en la actualidad, ese platonismo histórico de las relaciones entre la geisha y su admirador, ha pasado a la historia...

Desde el punto de vista psicológico, la geisha no se contenta con la adoración puramente platónica de sus amigos, no porque ella necesite de una transformación del sentimiento, sino porque en su actitud existe siempre un móvil interesado, sin el cual no podría sostener el imprescindible y magnífico boato de su vida. Así, pues, y hablando en plata—nunca mejor aplicada la frase—, la geisha necesita dinero, mucho dinero.

Una perfecta geisha, a más de su título, tiene que estar doctorada en el arte sencillísimo de enardecer a los hombres. Esto sólo se consigue, como hace la más vulgarísima coqueta, sea mecanógrafa o "vedette" de revista frívola, manteniéndole a una distancia prudente. Saben por las enseñanzas de sus profesoras y hasta por propia experiencia, que para que un hombre las desee no tienen que hacer otra cosa sino condensar todas las fuerzas de su voluntad, puesta al servicio de la resistencia más hábil.

Es cierto que la geisha no es asequible a todas las fortunas ni incluso a todos los hombres, por adinerados que sean. En este aspecto, la artista del amor japonesa se diferencia bastante de sus colegas occidentales, las cuales, carentes de espiritualidad, prescinden en absoluto de ese lastre sentimental, no importándoles nada lo que no sea la remuneración de sus servicios. Pero una geisha, antes de recibir a un probable amante, necesita conocer sus costumbres, sus gustos, su nombre y su profesión, y, sobre todo, que estos datos los facilite un amigo de ella de toda confianza.

Ahora bien, si se entera de que, en virtud de todas esas características, favorables a las relaciones, el pretendiente dispone de una fortuna, la geisha hará todo lo posible por despertar en él un amor o una pasión rayana en la idolatría, procurando mantenerle siempre alejado de la posesión de aquello que más anhele, hasta el extremo de arruinarle e incluso ponerle al borde del suicidio. Dice un autor que la geisha muestra una voracidad imprevisora y alegre para el derroche del dinero, y que tales relaciones duran años y años, perdiendo el enamorado en ellas toda su fortuna, para acabar suicidándose.

Pero esta no es la geisha histórica; aquéllas, en realidad, estaban sometidas hasta cierto punto al poder de los hombres que las admiraban, los cuales subvenían a sus necesidades. No obstante,

practicaban un sistema de poliandria que era compatible con las costumbres sexuales de la época, o, por el contrario, cuando los adoradores no podían tolerar tal actitud, conservaban al artista en el círculo de la adoración platónica sin salirse de él más que para resarcirse entre los brazos de las mekakes.

La civilización, con sus trastornos sociales y económicos, ha metalizado a la geisha. Su figura no es tan simpática como parece, porque, a poco que escarbemos en su moral, resulta que su profesión es un disfraz continuo: carece de sentimientos. Fingir amor—eso sí, perfectamente fingido—es su profesión. Mientras conservan esta actitud sin complicaciones físicas, prosperan y hacen fortuna. Mas luego, después de haber entregado por completo sus encantos, lo que sucede muchas veces, pierden al amante que, saciado de ellas, busca nuevas aventuras en la alegría jocunda de los yoshiwaras. Por esto, la prostituta japonesa, como las de todo el mundo, en este aspecto, no tiene corazón.

En cuanto al ejercicio de la prostitución, comoquiera que en estas latitudes no goza del prestigio vergonzoso que entre nosotros tiene, se observan aspectos curiosísimos que, esto no obstante, van desapareciendo con el tiempo.

Hasta hace muy pocos años, las mujeres galantes de las casas de placer se exhibían en verdaderos escaparates, que semejaban jaulas construídas con barrotes de caña de bambú. Las mujeres aparecían sentadas e inmóviles, lo mismo que ídolos de un culto pagano. Su rostro maquillado parecía dar a las facciones una tirantez característica, estereotipando, por decirlo así, un gesto sonriente y sereno. Estaban ataviadas con sus galas más lujosas y sin mostrar más carne de su cuerpo que el rostro blanquísimo con la nora bermellón intenso de los labios. Tan pronto como un cliente elegía a una oirán, ésta se levantaba y su puesto era ocupado inmediatamente por otra compañera. Las gentes más honorables encontraban en estas exhibiciones un espectáculo agradabilísimo, pero sin que jamás profirieran la menor frase de comentario molesto, sino que, por el contrario, no se recataban de ensalzar en alta voz los encantos del rostro de aquellas mujeres, que no mostraban en los escaparates ni un centímetro más de piel. (Lámina III.)

Una vez dentro de la casa, los amantes de una hora pasaban a las habitaciones íntimas de ella, donde empezaban los preludios. Por lo general, otras mujeres, que a veces son geishas "honestas", entretienen al visitante narrándole leyendas o haciendo música, que la

oirán y él deben escuchar en silencio, como prueba de magnífica educación. A una señal discreta de la prostituta, las artistas se retiran y aparecen en escena dos koskais o doncellas, las cuales desnudan por completo a los futuros amantes para bañarles y lavarles con todo cuidado. La japonesa no tiene ningún inconveniente en exhibirse completamente desnuda, lo que revela que su concepto del pudor es diametralmente opuesto al que nosotros tenemos.

En algunas casas las mujeres se muestran totalmente desnudas, pero teniendo en la mano una minúscula toalla, lo que quiere decir que no se entregará a las caricias de ningún hombre si no es después de haberse bañado. (Lámina IV.)

Luego, tanto él como ella, se vestirán con riquísimos kimonos, recién lavados, que les han ayudado a colocarse las koskais, las cuales permanecen en la estancia mientras dura lo más íntimo de la entrevista, sin que se altere para nada la placidez de su rostro. Terminadas las complicadísimas manipulaciones de la oirán para satisfacer por completo a su amante ocasional, las koskais vuelven a lavar a la pareja, ayudan a vestir al hombre, y termina la sesión.

Todos los occidentales que han visitado el Japón y estudiado con detenimiento las costumbres de estas prostitutas, coinciden en afirmar que son maestras en toda clase de refinamientos; y es verdad. El prestigio de que en Europa goza la cocota francesa, es pálido comparado con la fama de las habitantes de los yoshiwaras nipones. Estas mujeres, cuya única misión en la vida es procurar placer, cumplen su cometido con un ardor insuperable.

Por lo general, después de haber entablado esa amistad preliminar, que se considera imprescindible para llegar a otros actos de mayor intimidad, la muchacha toma siempre la iniciativa mientras el hombre la deja hacer. No es preciso que el cliente realice la menor insinuación acerca del punto donde ella ha de dirigir sus caricias: la oirán conoce su oficio perfectamente, y el solo hecho de hacerle una indicación cualquiera llegaría a enojarla, aparte de que sería para el cliente una prueba de su mala educación, falta que un japonés persona, pero que no olvida nunca.

En todos los tratados de erotología clásica, escritos por los indios y musulmanes, que son los autores que más fama tienen en la exposición literal de tales refinamientos, es posible encontrar la infinidad de detalles que conoce una oirán catedrática en tan magnífica sapiencia. Sus conocimientos de "anatomía erógena", por decirlo así, no serán superados por el especialista médico más experto. Por otra

parte, comoquiera que el sentimiento del asco no es igual entre los japoneses que entre nosotros, ni su concepto del pudor es siquiera parecido, la prostituta nipona practica y hace practicar a su amante toda clase de contactos obscenos, irresistibles para el estómago del occidental más depravado.

Las leyes de la sexualidad extraconyugal de este pueblo, imponen al hombre una pasividad absoluta. Por otra parte, comoquiera que él es el que paga, tiene derecho a no molestarse lo más mínimo. La oirán le procurará la mayor comodidad en las posturas que puedan ser compatibles con sus maniobras eróticas en una sesión que se prolonga a veces durante más de dos horas, en cuyo tiempo ella sabe medir el efecto de sus caricias con el fin de mantener la tensión todo lo posible.

Es muy frecuente que no haya necesidad de llegar a la consumación del coito, acto que teme, y no sin fundamento, toda prostituta japonesa, ya que un embarazo trastornaría por completo el orden de su vida.

En este punto, justo es reconocer que el nipón que se entretiene con las mujeres del yoshiwara, tampoco muestra gran interés por las práticas naturales. Si es casado, tiene a su esposa y concubinas, y si es soltero, dado el grave concepto que estos hombres tienen de la responsabilidad, jamás se arriesgará a engendrar un hijo cuando no tenga la seguridad de que puede darle su apellido, bien en virtud de las dificultades económicas o también por la imposibilidad de poder precisar la paternidad verdadera del hijo de la oirán.

Es lo cierto que en el Japón las perversiones sexuales no existen, vista la cuestión desde el plano del criterio japonés. En todo caso, resultan inadmisibles todos los sucedáneos del acto natural, tratándose de la esposa o las concubinas, cuya única misión es parir hijos legítimos. Es la única prueba de respeto que, para la mujer más o menos legítima, tiene un buen japonés, lo que coincide con la apreciación que en este punto observamos los occidentales.

Otra curiosísima modalidad de la prostitución en este país, y que para nosotros resulta francamente inadmisible, es la promiscuidad de las juergas sexuales, que no podemos llamar orgías, porque nadie pierde ni un solo ápice de su serenidad. Tres o cuatro muchachos pueden dirigirse a una casa de placer y ocupar una habitación con otras tantas mujeres. Cada pareja "está a lo suyo", sin ocuparse de lo que hagan las demás, ni aun para hacer el menor comentario o gastarse la más ligera broma, cosa que, en estos casos antinaturales, nos parecería a nosotros lo más natural.

Cuando se llega a una de las grandes ciudades del Japón y se re-



DANZARINA CHINA

Además, ejerce la prostitución, pero embelleciendo un tanto su oficio con la ejecución de danzas simbólicas que constituyen un gran atractivo para la clientela más distinguida.

LAMINA V



«GHISAN» CHINA

Como la anterior, lo mismo que todas las de su categoría, son una imitación de la geisha japonesa, aunque su especialidad suelen ser las danzas eróticas.

LAMINA VI

claman los servicios de un guía e incluso de un amigo indígenas, sería ejecutar una falta imperdonable de cortesía el hecho de retirarse porque el visitante y la oirán fuesen a entregarse a los placeres del amor.

La amistad en este país llega hasta esos extremos, para nosotros inconcebibles. La cortesía, que es para un buen japonés casi tanto como otra religión, les impide separarse del amigo en estos trances, en los que acaso pueda necesitar de sus servicios, ya sea como intérprete e incluso como mero espectador. Un japonés no concibe que nosotros, los occidentales, asistamos por cortesía a los funerales de cualquier persona de la familia de un amigo, espectáculo triste y doloroso, y en cambio, no toleremos la presencia de ese amigo, en los momentos más felices de nuestra vida. El japonés se entristece sinceramente con el dolor que embarga al que pierde un ser querido; ¿por qué no ha de participar de los momentos de júbilo, tan naturales en la intimidad de ese amigo, con una mujer que va a procurarle deleites sin cuento?...

Aparte de todo, esto es de una lógica abrumadora. Cuando dos amigos tienen mucha confianza y la fraternidad ha hecho innecesarias muchas prescripciones de la etiqueta, ya no se lleva a este extremo el deseo de acompañarle. Pero cuando no ocurre así, lo que es natural cuando se entabla o reanuda una amistad, el occidental que se sirve de un amigo para moverse con libertad por los barrios galantes, no tiene más remedio que soportar las consecuencias de la etiqueta nipona, a no ser que ese amigo haya viajado por Occidente o conozca a fondo nuestras costumbres y nuestro concepto de la moral.

Además, como el acto sexual se considera como una función, no sólo necesaria, sino imprescindible además, las excursiones a las "ciudades sin noche" se estiman tan naturales como la comida en un restaurante, y mucho más precisas que la estancia en una honesta casa de té servida por camareros. Sostienen los nipones que, siendo el acto sexual tan necesario a la vida de los seres como el comer y el dormir, si no nos avergonzamos de comer en público y de dormirnos lo mismo, a veces con toda descortesía, como ocurre en el tren, no hay razón para que parezca inmoral ni siquiera descortés el hecho de gustar de las caricias de las mujeres expresamente organizadas para eso.

Sin embargo, el panorama de la prostitución japonesa no ha sido siempre tan agradable como lo es ahora para las mujeres que

se dedican a tan honorable y necesario oficio. Un autor dice que "el refinamiento y la civilización japonesa permite a la prostituta sostener en alto grado su dignidad y su decoro", afirmando también lo que me parece una inexactitud, que se la mira a veces con compasión, pero nunca con desdén. Si lo segundo es cierto, lo primero no es de estos tiempos. La prueba está en que muchas jóvenes de buenas familias, a las que nada falta en su hogar, se dedican a toda clase de oficios característicos de los yoshiwaras, a excepción de los que se consideran humildes y propios de gentes inferiores, como el de camarera o servidora de cualquier establecimiento.

La oirán, la maiko o la geisha, todas las mujeres galantes en general, pueden tratar abiertamente a los hombres de todas las clases sociales, sean solteros o casados, lo mismo que a las damas de más encopetada alcurnia.

Ahora bien, esto no ha ocurrido siempre: aparte de las épocas de su mayor florecimiento, coincidentes con las grandes revoluciones y luchas medievales, hubo tiempos en los que se las hizo objeto de toda clase de persecuciones, molestándoselas de continuo, no porque se estimase deshonrosa su profesión, sino porque, al contrario, fué tan grande su influencia que los guerreros y samurayes se mostraron más dispuestos a abrazar a las mujeres que a empuñar las armas. No cabe duda que la prostituta japonesa influyó mucho en el desarrollo de la política de los antiguos shogunes.

Entonces se las trataba como esclavas, y al reconocerse que, para sostener la moral de aquellas falanges de guerreros, era preciso darles de cuando en cuando ocasión de divertirse, se reglamentó el amor en forma debida.

El doctor Matignon, que vivió muchos años en el Extremo Oriente, dice que aunque las costumbres se han modificado bastante, la prostitución en el Japón no se considera tan infamante como en Europa, y aun cuando está organizada con el mismo orden que los servicios telegráficos y el correo, existe mucha prostitución clandestina. No obstante, creo que lo que Matignon toma por clandestinidad, no es otra cosa que el amor libre, ya que la organización sanitaria japonesa es tan severa, que la mujer que tiene relaciones con más de un hombre está obligada a inscribirse en los registros oficiales, bajo la amenaza de rigurosos castigos.

Lo que sí puede decirse es que ya no abundan tanto como hasta hace medio siglo las mujeres letradas y verdaderamente profesionales; es decir, especialmente preparadas para ejercer la prostitución.

No cabe duda que han perdido gran parte de su encanto por el afán de copiar las modas europeas, lo mismo en el vestido que en las costumbres. En la actualidad procuran conservar las antiguas tradiciones, y aún es fácil hallar prostíbulos típicos que no han perdido su primitivo carácter. Por otra parte, la competencia que les hacen las americanas, inglesas, italianas y, sobre todo, rusas y polacas, encuentra terreno favorable en los occidentalizados japoneses que ya están perfectamente aficionados al cabaret, al "music-hall" y toda clase de innovaciones exóticas llegadas al país por las rutas de Occidente.

El más importante yoshiwara del Japón es el de Kioto la Santa, pero hasta el 1 de septiembre de 1923 lo fué el de Tokio, que en esa fecha quedó totalmente destruído a consecuencia del terrible incendio que siguió al terremoto. En la catástrofe, que es una de las más espantosas que ha sufrido el Japón, murieron más de 15.000 prostitutas que habitaban en el barrio galante. Otras 40.000 personas encontraron la muerte en las mismas circunstancias.

Entre la prostitución japonesa y la china media un enorme abismo, pese a la semejanza de las costumbres y la similitud étnica de ambos pueblos.

En China, este aspecto de la vida sexual está organizado a la perfección sobre una base positiva y exclusivamente comercial. La "florista" china, con cuyo eufemismo se designa a las mujeres galantes en la Celeste República, ni es tan culta ni tan distinguida como lo es la japonesa. Tampoco goza ni de parecidas consideraciones siquiera. Al contrario, se la tolera; pero en esta tolerancia hay más desprecio que otra cosa.

Estas mujeres, que también suelen ser educadas desde muy niñas para ejercer tan lucrativo oficio, no alcanzan el grado de cultura de la japonesa, aunque pretenden imitarla en todo. Los explotadores de estas desdichadas son gentes sin conciencia alguna. La compra de niñas se efectúa cuando las criaturas han cumplido cuatro o cinco años de edad, encerrándoselas entonces en casas situadas cerca de las mancebías o "Cestos de flores", que es el poético nombre con que se encubren las yacijas de los vicios más perversos y repugnantes que pueden imaginarse.

A los siete u ocho años suelen ser violadas por los viejos sibaritas, y a partir de esa fecha ya están en condiciones de alternar con las otras de más edad, de las que aprenden las pocas habilidades que son capaces de realizar estas mujeres con sus clientes.

Una de las causas que más contribuyen a hacer despreciable a la prostituta china es su afición inmoderada a todos los vicios masculinos. El opio y el alcohol las embrutecen de tal forma que se sumen en un estado de pasividad desesperante, convirtiéndose poco menos que en objetos inertes. El chino suele tratarlas sin consideración alguna; por el menor motivo, o por capricho solamente, las hace víctimas de los peores actos y comete con ellas toda clase de atrocidades. En las "cestas de flores" de las ciudades costeras, que es donde la depravación alcanza sus máximas proporciones, no tiene nada de extraño que las infelices mueran asesinadas por sus gozadores.

La vida de un hombre en China no tiene ningún valor, pero menos aún posee la de una mujer; y si se trata de una prostituta, un pájaro tiene mucha mayor importancia que ella para el sentimentalismo de estos amarillos, que son los seres de más refinada maldad de la tierra.

Claro está que no todo es tan trágico en este aspecto. Las "cestas de flores" más elegantes están en Shangay, Fu-Chow, Tien-Tsin, Nankin, etc., pero no abundan mucho en Pekin, aunque sea la capital de una parte de la República. Cantón ha sido invadido por las prostitutas occidentales, y aunque en otros tiempos fué el centro de la prostitución indígena, en la actualidad ha cambiado el carácter de este negocio, ya que sus propietarios, chinos acaudalados todos ellos, saben que la xenofobia de sus paisanos no reza con las mujeres galantes.

Todas las casas de placer ostentan pomposos títulos, muy poéticos. El género de comercio se anuncia por medio de grandes banderas perpendiculares, al estilo nipón, y con carteles gigantescos que ocupan la fachada entera de los edificios. En Shangay se pueden leer estos nombres escritos en chino, en japonés y en todos los idiomas occidentales: "Templo de la felicidad eterna", "Mansión del supremo placer", "Flor del goce", "Jardín de las flores de exquisito perfume", "Fuente de la vida", y otros por el estilo.

El prostíbulo chino es una mezcla de salón de conciertos, café cantante, casa de té y, sobre todo, fumadero de opio; pero, para que nada falte, uno de los aspectos más positivos para la atracción de clientes, lo constituyen las mesas de juego, en las que los chinos pierden o ganan las cosas más raras. Yo gané en una ocasión en un *pleno* de ruleta, aparte de unos cuantos *taels*, un jarrito de plata, una perla, tres colmillos de perro, preciosamente tallados; unas gafas, y

media dentadura postiza, en la que había dos muelas de oro. En otra jugada me tocó una guitarra, y a un amigo una mjer que se había jugado su amante, el cual la cambió por un juego incompleto de "mah-hong".

También se come y se bebe a los acordes de la música que trasmiten las emisoras de radio o la que ejecutan—que degüellan, mejor dicho—unos chinos, con el rostro pintado de negro, que fingen una orquesta de negros, que son, según los chinos, "los animales más parecidos al hombre".

Aparte de las "cestas de flores", hay también los "barcos floridos". Estos son *shampanes* anclados en las márgenes de los ríos o en las inmediaciones de las playas o acantilados resguardados de los temporales. Por lo general, se trata de viejas embarcaciones inservibles para la navegación por sus muchos años. Hay también grandes vapores fuera de uso, comprados a los japoneses por los propietarios de estos negocios fabulosos.

Estos antiquísimos armatostes, completamente desvencijados, y que exteriormente presentan el más tenebroso aspecto, son en su interior verdaderos palacios. No se puede hablar del "lujo asiático" sin antes haber visto un barco florido en plena fiesta—todas las noches—, especialmente cuando fondea en el puerto un barco de gran calado.

En uno de estos barcos—un viejo transporte japonés—he visto la colección de lacas y porcelanas más valiosas que puedan imaginarse. Este verdadero palacio flotante, de casco herrumbroso y desportillado, pertenecía por entonces a un rico mercader de opio, protegido de Inglaterra y padre de nueve preciosas chinitas, protegidas también de significadas personalidades de la colonia europea.

Los camarotes habían sido amueblados al gusto del país y ensanchadas sus literas. Todos eran limpios y alegres, con esa alegría chillona de las decoraciones chinas, a base de lacas y esmaltes, sedas claras y flores artificiales de papel cristalino. La iluminación era eléctrica, producida por un motor instalado en tierra, a fin de que la trepidación no molestase a los visitantes del barco.

Las cámaras eran ahora vastos salones de juego y de té, comedores o recibimientos, atendidos por numerosas criadas, limpias y alegres. No es posible imaginarse más limpieza ni alegría que la que se observaba por todos los rincones de aquel barco del vicio.

Pero no todos los prostíbulos chinos ostentan un lujo tan considerable. Sinceramente, no he tenido ocasión de visitar ninguno de

los de peor fama, porque nunca se me ofrecieron garantías satisfactorias; pero un viajero más audaz, M. J. Lera, en su libro *Tonkinerías*, dice: "Exiguos refugios y casas sospechosas levántanse por todos los rincones, al amparo de alguna graciosa y confortable pagoda, reluciente de porcelanas decorativas y completamente fantástica, en esta noche límpida, con las siluetas de sus quimeras, de extravagantes guiños, y de sus dragones hirsutos, que se persiguen a lo largo de las aristas caprichosas del techo en un arrollamiento inextricable de sus espirales innúmeras.

"Entremos en el primer refugio. Es este un vasto cobertizo, dividido por numerosos tabiques, de una altura de dos metros, formando otras tantas habitaciones, mal aisladas, en un mismo recinto y bajo un mismo techo. Allí, tan pronto como llegamos, apenas serenados de nuestro primer titubeo, unas mujeres flacas, héticas y aviejadas, nos cogen del brazo, y tirando del haldón de nuestras blusas, nos rodean y oprimen. Luego, con una voz ansiosa y cascada, para invitarnos a las caricias más inmundas, se muestran dispuestas a todas las concesiones, a las resignaciones más abyectas, y nos enseñan unos sombríos y sucios compartimientos, reducidos y estrechos, limitados únicamente por tramados de bambúes hasta la altura de un hombre; miserables alcobas, tristemente alumbradas por lámparas iguales a las de las fumerías de opio, colocadas sobre el suelo. Y detrás de estos seres decrépitos, caricaturas de mujeres, se apretujan los *boys* terrosos y esqueléticos, legañosos adolescentes, de mirada sin brillo, de rostro macilento por largas noches de insomnio y complacencias sodomíticas.

"Muy cerca, en los numerosos compartimientos vecinos, hombres de la peor condición, fustigados por el látigo del deseo; todos vociferantes y rabiosos, bajo la impaciencia del celo desencadenado, elevan furiosos clamores, risas groseras, gritos de decepción y de cólera. Y son las discusiones interminables, los febriles regateos.

"Después van desapareciendo unos y otras, como sombras, bajo los harapos colgados en forma de cortinas; por parejas los hombres o bien un macho y una mujer. Y en tales extraños retiros, que se podría escudriñar nada más que empinándose sobre las puntas de los pies—lo cual no dejan de hacer los más curiosos de entre nosotros—se realizan todas las cosas reveladas por mil distintos ruidos; desmayos fugitivos, sofocados estertores. Se perciben distintamente las trepidaciones de las delgadas tablas de bambú, los crujidos rápidos, espaciados, y los últimos, sobre todo, más violentos y como prolongados

Luego, el silencio, cuchicheos en la sombra, el tintineo de la moneda que se entrega... Y por todo cuarto de aseo, detrás de la casa, mares infectos espejean bajo la luna. Desde la puerta adelántase una plancha, formando puente, y los que han soportado tan sucias uniones lávanse en abluciones somerísimas."

Los chinos cambian la obediencia, la sumisión, la limpieza y hasta el amor de sus mujeres legítimas por la caricias absurdas de estas hembras placenteras, que producen siempre una repugnancia enorme. Siendo un pueblo perverso por excelencia, hasta los ricos y mejor acomodados que disponen en su hogar de la "gran esposa" y de múltiples concubinas, van en demanda de las perversiones que a tan bajo precio prodigan las prostitutas.

No obstante, los más refinados y civilizados chinos disponen de casas de placer parecidas a las japonesas. Estos prostíbulos caros se reservan para las gentes de alcurnia, y en todos sus detalles revelan una distinción perfectamente compatible con los gustos europeos.

Al penetrar en sus salones, la primera impresión que se experimenta es de bienestar y de silencio. Entre las lacas y porcelanas que cubren gran parte de las paredes, se abren a modo de pequeños escenarios, en los que apenas puede moverse una persona, y que están iluminados interiormente por un sistema de luces de colores parecido al que se emplea en nuestros teatros para los efectos de luces.

Los visitantes toman asiento en el centro de la sala mientras sorben té o comen pastelillos, y de cuando en cuando se descubre uno de estos escenarios, en los que aparecen las prostitutas en poses artísticas o realizando pasos de danza. Los clientes no tienen más que indicar a una de las servidoras cuál es la mujer que eligen, y desde entonces aquel escenario no volverá a iluminarse como no lo pida el cliente, y, por lo tanto, deja de actuar la danzarina, que se dispone para realizar otros oficios más placenteros. (Láminas V y VI.)

Como en el Japón, tampoco la esposa tiene derecho a quejarse del adulterio de su marido, siempre que no abandone las atenciones económicas del hogar por sus aficiones, más o menos artísticas, en los "cestos de flores". Y exactamente igual que en dicho país, el amor de la mujer está hecho de sumisión, de obediencia y de respeto, tiranía que soportan mucho mejor que las japonesas, ya que la mujer china es generalmente fría.

EL MATRIMONIO

La rebelión de la mujer japonesa.—La adoración que inspira el esposo.—El interés de la procreación.—Cómo se conciertan los matrimonios.—El agente casamentero.—Ceremonia del noviazgo.—La libertad de elección.—Formalidades civiles.—La sumisión a la suegra. Las doce reglas de la perfecta casada.—Luna de miel japonesa.—El divorcio.—En Corea.—El sistema matrimonial chino.—Las viudas.

La rebelión de la mujer japonesa oponiéndose al imperio de las viejas tradiciones que hacían de ella una esclava, inició hace algunos años la reforma de las costumbres matrimoniales poniéndose determinadas trabas al adulterio perfectamente autorizado por las leyes y la costumbre de muchos siglos.

Este movimiento en favor de los derechos femeninos se inició y prosperó en aquellas ciudades más en contacto con la civilización occidental ante el ejemplo que veían en las esposas de los diplomáticos, comerciantes y funcionarios occidentales, las cuales puede decirse que fueron las maestras de modernidad de las japonesas aferradas a las tradiciones seculares de su raza.

La antigua poligamia—que aún se practica en las provincias del interior, más refractarias al abandono de las viejas tradiciones—, se explica modernamente por el hecho de que lo mismo la esposa que las mekakes ven en el marido a un ser casi divino, puesto que le adoran como a un dios. Todas ellas estaban identificadas en las creencias del mismo culto, considerándose sumamente honradas con que el esposo aceptara su sacrificio. Por este motivo se desconocían los celos y las rivalidades; al contrario, todas las mujeres albergadas bajo un mismo techo rivalizaban en ser agradables al supremo señor, sobre el cual no había nada más digno de adoración que los *khamis,* o sean, los espíritus de los antepasados.

Un moralista que floreció allá por el siglo XVII, y cuyas má-

ximas se conservan en la actualidad verdes y fragantes, sobre todo entre las gentes de las ciudades del interior, predicó constantemente que «la mujer no debe tener dioses propios y mirará siempre a su marido como único dios, adorándole al mismo tiempo que le sirve, puesto que el esposo debe ser su único cielo». En estas condiciones, la joven que durante toda su vida vió a su madre sometida a esta solemne tiranía, no tenía necesidad de nada mejor ni sus sentimientos la llevaban a rebelarse contra las costumbres petrificadas en lo más hondo del alma japonesa.

En este aspecto, el Japón no es un pueblo democrático. Nada importa que perezcan todos los miembros de una familia a excepción de un solo varón que pueda continuar la estirpe, lo que se considera como el máximo honor familiar. En la época feudal no había deshonor más grande que perecer sin dejar descendencia.

Mas aunque la familia perezca y la casta se extinga, no es menos deshonroso casarse con una mujer de rango inferior al del hombre; si un japonés tradicionalista viniera obligado a casarse con una mujer cualquiera, preferiría el harakiri.

Antes de concertarse un matrimonio entre gentes de alcurnia —las demás son mucho más democráticas—, es preciso que la familia del novio examine con detenimiento la ascendencia de la futura esposa. Importa poco que ésta sea rica o pobre, fea o bella; pero es imprescindible probar que su sangre es pura y que en su genealogía ha habido algún héroe, preferiblemente un daimio. Tal es la base fundamental del edificio social japonés.

El noviazgo, si así se puede llamar a las relaciones que preceden al matrimonio de dos seres que no se conocen y que a lo mejor habitan a muchas millas de distancia, se entabla de una forma originalísima. Por lo común, esta misión está reservada a los agentes casamenteros, hombres que a pesar de no tener otro oficio, alternan con las gentes del barrio, en cuyas casas entran y salen con la mayor libertad, atendiéndoseles como a personas respetables.

Este individuo toma buena nota de los jóvenes de ambos sexos que hay en las familias de sus amistades en estado de contraer matrimonio, y cuando está en posesión de los informes de uno y otra, especialmente de los de la familia de ella, acude a la casa de los padres del joven, empezando por desarrollar la conveniente política.

Sabe que el muchacho no se casa porque hasta entonces no ha

tenido con quién pero en adelante han cambiado las circunstancias. Se reúne con el padre del muchacho, al que le habla de la *musmé* tal o cual, de la que hace el elogio, no de sus virtudes, puesto que ello poco importa, sino de la ascendencia que tuvo y de lo mucho que valen sus *khamis*.

Tras de unos días de ir y venir de una casa a otra, si ambas familias están convencidas—a todo esto, los futuros contrayentes no saben ni una palabra de lo que se trama en su torno, a no ser que lo hayan adivinado—, se hacen los preparativos para celebrar la *miai* o entrevista de los futuros cónyuges, ceremonia la más importante de todas las que se realizan en tan extraño noviazgo.

La familia del joven deja ahora de intervenir, siendo el casamentero el que acompaña al muchacho a la casa de la familia de ella, donde ya se les espera con la pompa de las grandes solemnidades. Un escritor costumbrista japonés describe así la curiosa ceremonia: «El intermediario conduce al pretendiente al domicilio de la joven para visitar a sus padres. Cuando un japonés va a una casa de visita, la doméstica sale a su encuentro y conduce al visitante al salón, situado a cierta distancia de la puerta. Los huéspedes se sientan sobre los *tatamis* y esperan la llegada del dueño de la casa. Entre tanto, la criada les hace los honores; si es en invierno, preséntales un *hibachi* (un brasero), y si es verano, coloca ante ellos una cigarrera, té y pasteles. Terminados todos estos preparativos, aparece el dueño de la casa, se inclina y saluda finamente a sus visitantes. Se hacen las presentaciones, y si el presentado desea una segunda taza de té, llama a la doméstica, que se encuentra siempre en la sala vecina. Pero cuando el intermediario ha organizado de un modo clásico la ceremonia y su acompañante pide segunda taza de té, la hija del dueño de la casa reemplaza a la doméstica. Este es el único momento en que el pretendiente puede ver a su futura. ¡Momento crítico y embarazoso! El padre y el intermediario tratan de sostener animada conversación, pero la atención del pretendiente está en otra parte... Las miradas del novio van directas a la joven, que aparece ruborosa y tímida, avanzando lentamente hasta presentar su taza de té y que después se inclina, saluda y desaparece. Su presencia no dura más de tres minutos, y durante ellos no habla ni una sola palabra. Después de esta corta aparición el pretendiente decide si se casa o no.»

Pero este es el sistema más liberal de elección que se estila modernamente, tal vez desde no hace siquiera ni un cuarto de siglo.

Antes, los matrimonios los negociaban los padres e incluso las madres, sobre todo aquellos cuya duración era a plazo fijo, como los realizados entre japonesitas y extranjeros.

Verdaderamente, estos matrimonios no pueden considerarse como tales, aunque en realidad estén tan formalizados como los que se efectúan por más tiempo. Tales uniones se efectúan, principalmente, entre las gentes de condición humilde, y consisten en una especie de venta o alquiler de la muchacha por un tanto mensual determinado, que actualmente no pasa de 150 a 200 pesetas.

En la actualidad, tal sistema ha desaparecido, al menos entre las gentes de las ciudades más occidentalizadas. Esta modalidad del amor libre se practica sin necesidad de que intervengan los padres o los individuos femeninos más allegados de la joven casadera, ya que la japonesita moderna es bastante libre y sabe arreglárselas de manera que nadie tenga que intervenir en sus negocios tan íntimos. (Lámina VII.)

En el interior es muy frecuente que los militares o negociantes solteros que han de vivir algún tiempo separados de sus familias, realicen estas uniones valiéndose de los oficios de los agentes casamenteros. Entonces, como ya se trata de una venta, es la novia la que va a casa del soltero acompañada de su madre, sus tías maternas y algunos vecinos, que no acuden más por servir de testigos que por mera curiosidad.

El agente casamentero, que ya habrá puesto en antecedentes a la familia de la muchacha de lo que debe pedir por ella y al comprador de lo que puede ofrecer, después de haber hecho las presentaciones, en las que llegan a su colmo las exageraciones de la cortesía japonesa, permanece silencioso esperando a ver el resultado del examen de la joven por parte del probable marido. Si a éste no le satisface el precio, se regatea un poco y entonces interviene el agente, el cual dice el precio partiendo la diferencia, a cuya decisión tienen que someterse los negociantes.

Pero si la muchacha no es del agrado del comprador, lo que sucede con mucha frecuencia, éste no tiene más que hacer un gesto al intermediario, el cual tratará de convencerle nada más que por la comisión que espera cobrar; mas si a pesar de todo no conviene el asunto, él continúa obsequiando a sus huéspedes, los cuales ven en esta prolongación de la visita la prueba de que la joven no ha gustado al galán.

Claro es que por esto no hay que desanimarse; el casamentero que es hombre previsor, ya tenía preparadas otras negociaciones, y tan pronto como se despiden los fracasados, marcha en busca de otra candidata, que no tarda en presentarse con toda su comitiva.

Por fin, si se realiza el negocio, ya no hay que hacer otra cosa sino quedar citados para dos días más tarde en la oficina del Registro civil, a la que la muchacha acude acompañada de su madre, y el novio del agente casamentero, formalizando la unión mediante un contrato puramente civil, previo el pago de los derechos correspondientes, que no llegan a tres pesetas.

Esto no es más que seguir las tradiciones de la esclavitud de la mujer, puesto que ella no puede oponerse a las decisiones de sus mayores, y su subordinación al poder económico del hombre, lo que ocurre lo mismo en el Japón que en otro país cualquiera.

El sistema de la compra de la esposa se sigue practicando en el Japón entre las gentes de condición humilde. Modernamente, han desaparecido muchos de los prejuicios de la diferencia de castas, y al encauzarse el amor por los caminos seguidos por los occidentales, las únicas mujeres que se casan por este procedimento, a excepción de las tradicionalistas, son aquellas que carecen de ocupación u oficio que las produzca lo necesario para vivir, ya que su problema económico no puede solucionarse de otra manera que sometiéndose al dominio sexual y social de un hombre que por este solo hecho está autorizado para practicar legalmente la poligamia.

En todos los casos, la esposa debe someterse por entero a la madre de su marido. Los japoneses que pretenden renovar el sistema matrimonial vigente, sostienen la verdad irrebatible de que es más difícil captarse las simpatías de la suegra que el amor exclusivo del marido, por lo que el hogar conyugal no es para la esposa un paraíso precisamente.

Incluso la madre de la casada parece tomar parte en la confabulación de su yerno y su consuegra contra su propia hija. Así, las reglas que la perfecta casada debe practicar y que le son enseñadas por su madre la víspera de la boda, son, según un filósofo, las siguientes:

1.ª Cuando estéis casada, desde el punto de vista legal, no seréis ya mi hija, y así, debéis prestar obediencia a vuestros suegros en la misma forma que obedecisteis a vuestros progenitores.

2.ª Después de casada, vuestro marido será vuestro solo amo. Sed humilde y cariñosa, que la estricta obediencia al esposo es en la mujer una noble virtud.

3.ª Seréis siempre respetuosa con vuestros suegros y cuñados.

4.ª No seréis celosa, pues con los celos no conquistaréis la afección de vuestro marido.

5.ª Aunque tengáis razón, no os mostréis colérica; sed sufrida, y sólo cuando vuestro marido esté calmado le haréis objeciones.

6.ª No habléis mucho ni lo hagáis mal del vecino, y, sobre todo, no mintáis jamás.

7.ª Os levantaréis temprano y os acostaréis tarde, y no dormiréis siesta. Bebed poco vino, y hasta pasados cincuenta años no os mezclaréis con la multitud.

8.ª No permitiréis que os digan la buenaventura.

9.ª Sed económica y mujer casera.

10. Aunque recién casada, no os reunáis con la gente joven.

11. Vuestros vestidos no serán claros ni llamativos.

12. Tratad bien a vuestros servidores, aunque su condición sea muy humilde.

Un escritor japonés, Naomi Tamura, que critica con dureza los procedimientos ancestrales del matrimonio, pinta con estos sombríos trazos la «luna de miel» de una mujer japonesa: «En el Japón se ignora por completo esa frase dichosa, y los primeros meses no son muy risueños para una recién casada. Esta debe levantarse con el día, aunque se hubiera acostado tarde; después debe visitar a la familia del marido para enterarse cómo pasaron la noche. Durante los primeros días del matrimonio, las mujeres hablan poco con sus maridos, respondiendo solamente con monosílabos, «sí» o «no», a las preguntas de éstos. El quinto día, la recién casada muestra su habilidad en las labores de aguja, confeccionando algunos presentes que hace a su suegra. Y una semana después del matrimonio la esposa vuelve al hogar de sus padres, donde pasa tres o cuatro días. En este intervalo el marido viene a visitarla provisto de regalos para toda la familia, y con tal motivo se celebra una gran fiesta en honor del yerno. Sucede alguna vez que la recién casada no quiere volver a vivir con el marido. El caso es raro; sin embargo, ocurre. He ahí la luna de miel japonesa.»

El entusiasmo erótico del marido no constituye tampoco ningún atractivo para la recién casada, ya que no se ocupa de las necesidades de ella, porque se cree que la misión exclusiva de la esposa es dar hijos legítimos al padre. Por otra parte, la moral del hogar impide al marido excederse en las caricias tanto como le

obliga a procurarse tantas satisfacciones como pueda lograr lícitamente, o sea sin hacer que su esposa practique ninguna de las habilidades que conocen las oiráns.

Esta prohibición, que trae como consecuencia la falta completa de elementos eróticos recíprocos, es la causa del desvío sexual de la mujer hacia su marido. Si en su vida de soltera no conoció nada mejor, tampoco tiene nada de extraño que piense que todos los deleites conyugales se reducen a la constante inquietud en que está sumida.

Mas, a pesar de todo, el adulterio puede decirse que es completamente desconocido, no porque la mujer no estuviera dispuesta a encontrar fuera del lecho matrimonial lo que en él le falta, sino porque los hombres consideran que es vergonzoso robar la fruta del cercado ajeno aunque esté al alcance de sus manos.

Además, la mujer ajena no despierta ningún interés erótico excesivo, y como quiera que está considerada como un ser inferior, para un buen japonés resultaría denigrante dirigir su atención sexual hacia una mujer que no es capaz de retener a su marido, y, por otra parte, que tampoco consigue contentarse con los deleites que él debe proporcionarla.

El japonés no ve bien que la mujer trate de imitarle en cualquier aspecto, y menos en este de los placeres más íntimos. Existe la creencia de que el hecho de mostrar a la esposa el lado erótico de las relaciones carnales, es igualarla a él y, por lo tanto, exponerse a ser dominado. Es una especie de temor la determinante de esta conducta tan extraña, ya que están persuadidos de que la influencia que sobre los hombres ejercen las mujeres galantes se basa en el conocimiento que estas hembras tienen de la psicología sexual masculina, que es el verdadero lado flaco de la voluntad del hombre.

Tradicionalmente, el divorcio se obtiene a instancias del marido con la mayor facilidad. Basta para conseguir la separación «que la esposa no obedezca las órdenes de la suegra; que muestre celos del marido; que se enfade con él, profiriendo palabras descorteses; que se levante tarde; que se reúna con muchachas solteras», etc. En cambio, la esposa no tiene derecho a situarse en la misma actitud, a no ser que el marido le haga víctima de malos tratos de obra o abandone las obligaciones económicas de hogar.

En Corea, uno de los más vastos dominios japoneses en el continente asiático, la situación de la mujer es mucho más triste que

en la metrópoli. El matrimonio se efectuaba—y aún se efectúa en muchas partes—a instancias del hombre, el cual elegía a una mujer de su clase, entregando por ella a los padres la cantidad que el futuro esposo considerase oportuna. Si el precio puesto por el comprador no satisfacía al padre de la muchacha, se sometía la cuestión al arbitraje de un anciano, el cual fijaba la cantidad debida.

En este país tampoco se conoce el amor. La esposa no es más que una sirviente de categoría superior a las demás, que a su vez son las concubinas del marido.

Durante el día, las mujeres no pueden salir de casa, porque si tal hicieran se expondrían a los castigos más crueles inferidos por el marido. Es a la caída de la tarde cuando los hombres deben recluirse en su casa o en los establecimientos públicos, cuando las mujeres casadas pueden pasear hora y media o dos, sin que puedan prolongar durante más tiempo su estancia en la calle.

En el matrimonio coreano no hay ceremonias de ninguna clase. Modernamente, gracias a los esfuerzos de los misioneros cristianos, las costumbres se han modificado bastante y la mujer goza de una libertad relativa compatible con los antiguos usos.

Casi lo mismo que sucede en Corea puede observarse en China, y aún diríamos que resulta considerablemente agravado en virtud del insignificante papel social que la mujer desempeña en un pueblo donde existen tantísimos millones de hembras sobrantes.

Antiguamente existían empresas dedicadas a la compra de niñas lo mismo que si fuesen animales. Estas criaturas eran dedicadas a la prostitución tan pronto como adquirían un mediano desarrollo, y aquellas cuyas condiciones físicas eran superiores, recibían cierta educación con el fin de ser vendidas en calidad de concubinas o esposas secundarias a los magnates.

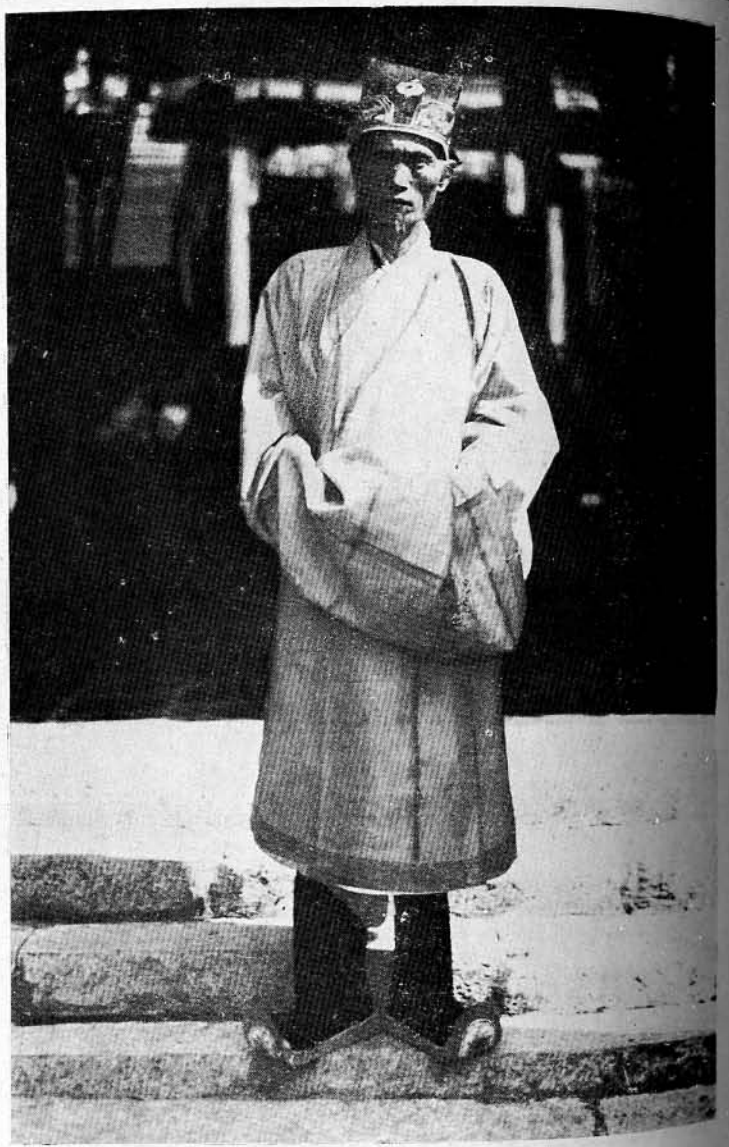
Entre las gentes más distinguidas el matrimonio se efectúa hoy como hace dos mil años. Las reuniones las arreglan las respectivas familias, celebrándose diversas ceremonias dentro de la pompa más suntuosa. Por lo general, la familia del pretendiente regala a la de la joven sedas, joyas, ganados y hasta terrenos, lo que en realidad representa una compra, aunque no medie dinero. A los pocos días de haberse celebrado el matrimonio, los padres de la muchacha regalan a los nuevos cónyuges casi todo lo que recibieron de los padres del marido, así como la dote de la muchacha, sobre la que ella conserva siempre plenos derechos.



JAPONESA MODERNA

Esta bellísima artista japonesa de la pantalla, Fujiko Hamaguchi, es la representación genuina de las modernas hijas del viejo Yamato.

LAMINA VII



NOTABLE DEL TONKÍN

Estos caballeros tienen el deber de ilustrar debidamente a los jóvenes casaderos acerca de los deberes conyugales cuando les llega la hora de contraer matrimonio.

LAMINA VIII

La «gran esposa» tiene que soportar la competencia sexual de las concubinas, pero en cambio, está asistida por el derecho de hacer en su hogar lo que le plazca, no teniendo esas obligaciones que se imponen a la japonesa. La esposa china se levanta a la hora que quiere y vuelve al lecho con la misma libertad. Dentro del hogar conyugal, si es un poco hábil, logra bien pronto captarse la sumisión del marido, al que dirige a su antojo.

El mayor honor de estas mujeres estriba en permanecer fieles a su marido, ya que si él llegase a sospechar siquiera de ello, la fidelísima señora se vengaría de tal ofensa... ¡suicidándose! Ahora bien, que esa fidelidad resulta bastante aleatoria. El caso es no aceptar las solicitaciones de ningún hombre ni servirse de él para procurarse satisfacciones eróticas; pero en cambio, la mujer china, sea de la clase social que fuere, sabe utilizar toda clase de instrumentos autocróticos cuando no recurre a las habilidades de las concubinas de su marido, que en este aspecto están subordinadas a los caprichos de la gran esposa.

El divorcio se obtiene entre las clases acomodadas por consentimiento mutuo. Este sistema data de los tiempos más remotos, y al decir de los jurisconsultos y sociólogos chinos ha producido siempre los mejores resultados en la duración de los matrimonios.

No obstante esta liberalidad, no todas las mujeres se encuentran en las mismas condiciones; las de las clases humildes no tienen nunca razón para pedir la disolución del vínculo, al menos en el criterio de los jueces. Ahora bien, las cosas varían mucho si a la demanda se acompañan algunos regalos para los jueces, que en este punto son bastante maleables. Por esto, la china que quiere separarse de su marido procura arbitrar recursos económicos por todos los medios, y en cuanto ha reunido cierta cantidad se dirige al Juzgado, y si el marido no ofrece más de lo que ha prometido la esposa, puede asegurar que ha perdido la partida.

La viuda china no tiene derecho a contraer segundas nupcias, pero en cambio tiene abiertas las puertas del concubinato o de la prostitución. Las que quieren permanecer fieles a la memoria del marido, se colocan como criadas, o mejor dicho, son admitidas como tales en la casa de uno de los familiares del muerto o en la de cualquiera de sus amigos. Por mucho rango que haya tenido, la viudedad es bastante para sumirla en la condición más humilde, pues aunque se convierta en concubina, siempre estará en una

situación inferior a la que ocupen las demás esposas secundarias de la casa donde haya sido recogida.

Los códigos ancestrales disponían que las viudas no tenían derecho a sobrevivir a su marido, lo mismo que las concubinas a su amo. Por lo tanto, la determinación más digna que podían adoptar era la del suicidio, que a veces se verificaba en medio de magníficos ceremoniales fúnebres.

Aunque en menor escala, China ha asimilado las costumbres de Occidente en aquellos aspectos que no pugnan demasiado con su moral tradicional. La inmensa labor realizada por los misioneros cristianos se refleja poderosamente en la transformación de las costumbres, que han perdido toda su inhumanidad. No obstante, en Mongolia y aun en las ciudades chinas del interior subsisten los hábitos antiguos y la mujer no es más que una esclava del hombre, y hasta, por mejor decir, un simple animal doméstico.

Por otra parte, los matrimonios suelen concertarse en edades muy tempranas, y algunos antes de que nazcan siquiera los probables contrayentes. Esto ocurre entre las familias que están unidas por firmes lazos de afecto o por otros intereses materiales. Y en la antigüedad, siguiendo la tradición, que obligaba a la viuda a suicidarse, las niñas que sobrevivían a sus maridos tenían que quitarse la vida..., pero de mentirijillas : se solucionaba el conflicto haciendo un pelele, al que se quemaba «vivo», y asunto concluído.

En la actualidad se celebran muchos matrimonios con arreglo a las prescripciones cristianas, pero resulta que aquellos que se han convertido al catolicismo, al unirse por medio del vínculo indisoluble, resultan peores casados que los que siguen la tradición antigua. Para equilibrar mejor tan arduo asunto, se tolera la poligamia por medio del concubinato, de forma que el hogar chino se diferencia muy poco de los harenes musulmanes. Esta innovación que han adoptado en toda su pureza los chinos católicos más convencidos, da lugar con mucha frecuencia al adulterio de la mujer, la cual es castigada con penas leves en sustitución de la severidad de los otros tiempos.

Al decir de un pensador chino, el sistema matrimonial cristiano sin el divorcio ha dado lugar a que entre la inmoralidad en los hogares que tradicionalmente hubieran sido mucho más puros.

Así, pues, si en general el cristianismo ha realizado una obra humanitaria de incalculable valor, en lo que se refiere al matrimonio ha fracasado completamente, porque la antigua libertad sexual ha sido sustituída por el verdadero libertinaje que actualmente se aprecia en las costumbres chinas.

EL AMOR EN LA LITERATURA CHINA Y JAPONESA

El amor y la guerra, fuentes de inspiración. Literatura y pornografía.—El adulterio.—«El marido de Ping-Li».—La «ghisan» china.—El supremo atractivo de las chinas.—El teatro simbólico.—La leyenda del héroe, su esposa y el bonzo.—Tragicomedia en veintitantos actos.—El sable y el espejo.—La literatura y las suegras. — La honorabilidad de la geisha. Gompachi y Komurasaki. — Otzumi e Itsari.

No habrá mitología ni tal vez historia alguna de cualquier pueblo en las que el amor y la guerra hayan ocupado tanto la atención de los poetas y cantores de las epopeyas de la raza, como se observa en la literatura extremooriental. Pueblos que desconocen el amor en la forma que nosotros lo comprendemos, como son éstos, lo cantan y lo ensalzan como si fuese la única ocupación digna que puede darse al espíritu.

Es un tema que se ha tratado en todos los tonos; en su aspecto heroico y en su acepción picaresca o cómica. Viajando por las ciudades costeras de la China y el Japón, asombra la cantidad de poemas, leyendas, cuentos, estampas y dibujos eróticos, de una obscenidad de pesadilla, que por todas partes se ofrecen al visitante, sea extranjero o del país. Desde el grave poema sentimental del guerrero y la bailarina que mueren de amor, hasta la estampa libertina que reproduce escenas de una lubricidad repugnante y espantosa, la imaginación de los asiáticos desborda los límites de toda fantasía.

Jamás, ni por casualidad siquiera, se habla en esa literatura del amor sereno y recogido que puede inspirar una novia a la que después se toma por esposa. Por el contrario, la crítica más acerba es el comentario puesto por los narradores al hombre que, dejándose llevar de sus sentimientos, se casa con una mujer pobre que "ni siquiera tiene el pie pequeño". Estos matrimonios—muy raros—que los chinos hacen por amor, constituyen el tema esen-

cial de los narradores de cuentos picarescos que hablan del adulterio, de la fornicación, de los vicios más perversos y de todas las modalidades ilegales e inmorales de la sexualidad.

El chino que se somete al dominio de su esposa, lo que se comprueba por el número de concubinas que sostiene en su casa, y, además, por las atenciones que las dedica, es considerado como un pobre hombre incapaz de tener un gesto viril. El "calzonazos", lo mismo en Asia que en Europa, goza del desprecio popular. Véase, si no, el siguiente cuento chino, que muy bien pudiera ser firmado por cualquier escritor occidental:

"EL MARIDO DE PING-LI"

"El marido de Ping-Li no tenía nombre, ni personalidad, ni carácter. Era uno de esos hombres que sonríen siempre, que no juegan, que no beben, que no se atreven a dar una chupada en la pipa y que tienen miedo de visitar los "cestos de flores". El marido de Ping-Li, no era nada. Y menos que nada, un hombre muy rico, que no sabía emplear su dinero.

"Cuando niño, aprendió muy pronto el alfabeto, y a los seis años ya sabía escribir más de trescientos caracteres simples. Su maestro, un viejo mandarín que fué expulsado del poder por no cobrar multas ni imponer castigos, quiso educar al marido de Ping-Li—estaba casado con ella desde los cuatro años—en los principios de la bondad y de la compasión para con los semejantes, aunque fuesen mujeres. Tan bien aprendió el joven lo que le enseñara su maestro que, cuando alguna vez se encontraba en la calle a alguna niña de su edad, para evitar que se llenase de barro o de polvo el calzado, la tomaba en sus brazos, mientras él se cubría hasta las rodillas.

"Así llegó un día en que todas las mujeres le trataban sin respeto, procurando estar siempre con él, porque huían de los demás jóvenes de su edad. Pero al llegar a la edad en que tenía que irse con su esposa Ping-Li, sintió una emoción extraña, que le obligaba a alejar todos sus pensamientos para fijar su atención en Ping-Li. A todas horas estaba junto a su esposa, y como tenía dinero, no estaba precisado a ganarse el arroz.

"Todo el barrio se reía del marido de Ping-Li, porque cuando salían de paseo, en vez de ir él delante, marchaban juntos y con los cuerpos muy unidos, como si hubiera sido ella una *ghisan* de los cestos de flores.

"Esto lo pensó más de un mercader, y creyendo que podían comprarse las caricias de Ping-Li, algunos procuraron ponerse al habla con la vieja criada de la esposa para que intercediera por ellos cerca de su ama.

"Un día, un camellero del Gobi, que contaba por centenares las bestias de su propiedad, logró penetrar en el domicilio de los esposos, y, haciéndose pasar por un mago de los que adivinan el futuro y dicen la buenaventura, hizo que el marido de Ping-Li les dejara solos. Entonces el mercader dijo a la bella que la felicidad no podía existir para Ping-Li si no se sometía a ciertas manipulaciones en las que era doctor el supuesto mago, y al efecto, la acarició lo mismo que se hace con las ghisan cuando ellas lo piden. Ping-Li experimentó placeres que no había gustado en sus dos años de matrimonio, y desde entonces cada cuatro días recibió la visita del mercader.

"Como al marido le extrañasen tales visitas, dijo a Ping-Li que querría conocer la ciencia del mago, a lo que ella repuso que más le valdría estudiar aquel arte que intentar siquiera impedir las visitas. Ella se enojó tanto, que aseguró que pediría el divorcio si no la dejaba recibir al sabio, y como el marido de Ping-Li no encontraba ninguna mujer que le acariciase, tuvo que contentarse con lo que su mujer le imponía, aunque le permitía asistir a las sesiones de magia de aquel sabio, mientras el marido de Ping-Li... tenía los ojos vendados con un pañuelo de seda que ella le había regalado."

El autor de este cuento, graciosísimo para los chinos, termina con la siguiente grave moraleja: "El hombre que se enamora de una mujer que no sea una ghisan, se convierte en el *cooli* de su esposa". Es decir, que será dominado por ella, lo mismo que las ghisan (prostitutas) esclavizan a los hombres, convirtiéndoles en sus *coolies* o criados.

Lo mismo que en el Japón, las mujeres galantes de la China, que en otros tiempos gozaron de una situación verdaderamente envidiable, han servido de asunto a los más renombrados literatos para escribir sus poemas más célebres. Se llega por algunos hasta el extremo de divinizarlas, como si se tratase de seres superiores. No obstante, y esto es lo verdaderamente extraño, la ghisan no desempeña en esta literatura ningún papel específicamente erótico. Todos los cantos y alabanzas entonados en su honor, se refieren a la sabiduría, a la gracia y a la elegancia de estas mujeres, cuyos pies son "lo mismo que diminutos kakis imperiales". Con tal imagen se refie-

ren a la deformación del pie, que representa el mismo aspecto de un muñón enrojecido, pero que es el signo de belleza más destacado de una mujer china.

La suprema voluptuosidad de estos amarillos estriba en acariciar unos pies deformados hasta la monstruosidad. He aquí lo que dice un literato chino que ocupó un cargo de importancia en una legación de su país en Europa: "Nosotros tenemos un concepto bien diferente del amor del que tienen los hombres blancos. No me explico por qué la finalidad exclusiva que persigue un occidental al relacionarse con una mujer, haya de ser, necesariamente, la realización del acto por el cual se reproducen los seres. La suprema tentación para un chino refinado, la constituye un bello y delicado pie encerrado en su diminuta cárcel de hierro (1). No hay placer como el de acariciar esa parte del cuerpo de una mujer a la que se siente uno atraído por el poder magnético de su simpatía, sin que sea necesario someterla al dolor (!) lacerante de un contacto que no desea; el chino tiene bastante con amar unos bellos pies encarcelados para experimentar todas las voluptuosidades del Paraíso."

Lo mismo que en toda nuestra literatura, en nuestra poesía y en nuestro teatro, todo el asunto gira alrededor de las pasiones amorosas, así los escritores chinos se ven imposibilitados de evadirse en sus composiciones de la influencia del pie de sus mujeres galantes. Entre nosotros lo mismo se cantan las gracias de una mujer perfectamente honesta que de una prostituta; pero entre los chinos, no se cree que puedan inspirar amor otras mujeres que no sean las ghisans, las emperatrices o las diosas de su extensa mitología. Una mujer vulgar, pero decente, no altera la fiebre del sarampión de los vates amarillos, aunque se trate de una belleza tan china como la de la May-Wong.

El teatro chino, absolutamente incomprensible para un occidental, aunque conozca perfectamente la lengua, está inspirado casi todo en viejas leyendas de amor y de muerte, en las cuales no puede faltar el adulterio, que es la esencia de toda la comediografía de los amarillos.

Este teatro es solamente simbólico, y aunque los personajes del libreto sean muchos, por lo general no es más que un mujer la que

(1) Como es sabido, hasta hace muy pocos años era costumbre colocar a las niñas unas botas de hierro con el fin de producir la deformación de sus pies, que al llegar a mayor constituirían el rasgo más delicado de su distinción y belleza.

interpreta la parodia valiéndose de tantos instrumentos como sean necesarios para dar una idea aproximada a la realidad. Hay una leyenda que al ser representada llena los teatros: se titula "El bonzo y la mujer del héroe". Se mueve la plataforma giratoria que forma el escenario, y aparece una mujer joven—o un hombre vestido de mujer y, además, invertido—, lujosamente ataviada. Trae en la mano el sable y el espejo simbólicos de los órganos sexuales masculino y femenino, los cuales coloca sobre un pequeño taburete, acentuando una sonrisa maliciosa en el momento de dejarlos separados a prudente distancia. (Grandes risas del público.)

Inmediatamente, la artista se aproxima a unos aparatos extraños que penden de una cuerda: creo que es un "jazz" chino. Esgrimiendo una especie de mazo, empieza a aporrear aquellos instrumentos, primero con suavidad y después con viva energía, hasta producir un fracaso ensordecedor. (El público parece estar muy emocionado.)

A continuación toma el sable que depositó sobre el taburete, y mientras con la mano izquierda continúa haciendo sonar los instrumentos, con la derecha reparte furiosos mandobles a diestro y siniestro, gritando como una endemoniada. (Fin del acto.) Y vamos a explicarle.

El ruido producido por aquellos cacharros, simboliza el fragor de los caballos de los guerreros al aproximarse al enemigo, y los golpes que reparte con el sable, es la misma batalla. Los gritos que acompañan a este jaleo, son los ayes de dolor de los combatientes, heridos y moribundos.

Segundo acto. Continúa la artista con el sable en la diestra y coge el espejo en la izquierda. El sable intenta aproximarse al espejo, pero éste se retira para esconderse en cualquier parte, siempre perseguido por el sable. El arma—símbolo del marido del espejo, que representa a la mujer—trata de perseguir al cristal, el cual se revuelve airado. Es que se niega a satisfacer los deseos del sable. Este reanuda el ataque, ora acercándose, ora alejándose, mientras su perseguida esquiva los movimientos. Por fin, se detiene el sable: es que espera que el espejo diga por qué no se entrega, cuando el matrimonio le obliga a ello. Entonces, la artista vuelve a depositar los símbolos sobre el taburete, y por medio de una guitarra de una sola cuerda y un canto igualmente monótono, que repite incesantemente las sílabas la-le-chi, la artista expone al respetable auditorio las razones que tiene el espejo para no prestarse a los deseos del sable.

Tercer acto. El sable es rechazado por el espejo, porque aquél

no ha matado aún bastante número de enemigos. El sanguinario espejo quiere más víctimas para entregarse al héroe, y éste marcha con toda su tropa al encuentro de nuevos enemigos a quienes derrotar. Vuelta al ruido de los cacharros, y empieza el cuarto acto.

La artista extrae del pecho una flor de loto, que representa a un religioso puro, un bonzo joven y hermoso que debe ser casi un santo. Coge el espejo, y lo acerca a la flor; pero el loto, o sea el religioso bonzo, huye de la tentación: es algo así como la historia de José y la mujer de Putifar.

La fingida lucha del espejo por conquistar las caricias de la flor se prolonga durante media hora. Transcurren varios actos, en los cuales el sable intenta poseer al espejo y el espejo a la flor. Por último, allá por el acto veintitantos, se soluciona el conflicto. El héroe ya no tiene más enemigos que eliminar, y su esposa continúa sin entregársele. Pero el bonzo sigue igual de casto, y no cede a las excitaciones del espejo, que baila incesantemente en las posturas más lúbricas.

Ahora están en el centro de la escena el espejo y la flor. El sable, que no había asistido, naturalmente, a la reunión, se aproxima al grupo formado por su esposa y el bonzo con las intenciones más siniestras. Pero la flor de loto, siempre humanitaria y resuelta a no someterse a los deseos del espejo, se encara con el sable, y le advierte que si llegara a cometer algún crimen, sería castigado en el infierno de Budha. El sable se ha convencido ante las sabias palabras del religioso, y como ve que su esposa ya no le quiere, se retira a vivir a un monasterio renunciando a los placeres del mundo.

Ver esto la flor y ponerse a bailar de alegría, es todo uno. El espejo empieza a moverse voluptuosamente, y al cabo de unos minutos la flor y el espejo se unen lo más íntimamente posible, y van a esconderse en el pecho de la artista sobre su corazón. Ha terminado la tragicomedia amorosa, después de ocho o nueve horas que duró la representación.

Pues toda la literatura y el teatro chino son iguales. Ningún hombre muestra amor por su esposa, a no ser que otro la ponga sitio, y aun en este caso, termina por entregársela. Así, pues, el tema principal no es el amor, sino el adulterio.

Pasemos al Japón. Sobre poco más o menos, las cosas ocurren de la misma manera, ya que fueron los chinos, hace ya muchísimos siglos, los primeros maestros de los japoneses.

Aquí ya no es el adulterio la base de los poemas, narraciones y dramas, sino precisamente, el amor de las geishas y oiráns de la esposa legítima, ni hablar siquiera, como no sea ridiculizarla por ser celosa. No obstante, aunque la condición de la mujer sea tan humilde socialmente, el respeto que inspira la esposa como procreadora de los hijos del hombre, no permite tratarla con desdén exagerado en las obras poéticas, literarias o teatrales. La "suegrofobia", que se advierte en muchas composiciones japonesas de este género, puede decirse que es un resultado de las influencias de la literatura y las costumbres occidentales. Antes, la madre del esposo tenía sobre la nuera más influencia que la que tiene hoy, y los feministas han tratado de ridiculizar siempre este aspecto del matrimonio, hasta el punto de haber cambiado casi por completo la favorable atmósfera que antiguamente envolvía a las suegras.

Todas las leyendas de amor que se refieren en los yoshiwaras, terminan siempre de un modo dramático. La exaltación de la geisha a las más elevadas categorías morales, no es, precisamente, porque sea maestra en el arte de procurar placer a los hombres. A veces, se basa esta admiración en otros actos sentimentales, como por ejemplo, cuando la joven se ha dedicado a esa profesión con el fin de mantener o ayudar a vivir a sus padres.

Ciertamente, casi todas las geishas más célebres han procedido de cunas humildes, y esta condición que en un hombre resultaría poco menos que denigrante, es para la mujer placentera una de las más preciadas glorias.

En todos los barrios galantes del Japón se cuenta la historia de la hermosa Komurasaki y del héroe Gompachi, bravo capitán de un ejército shogunal.

Una noche, después de una larga caminata al frente de sus tropas, el capitán Gompachi penetró en un albergue en las inmediaciones de Yedo, pidiendo lecho para descansar. En efecto, unos hombres que le recibieron con grandes muestras de júbilo le prepararon la habitación, y como el capitán estaba muy rendido no tardó en dormirse. A media noche, una jovencita despertó al héroe, y con gran sigilo le hizo saber que aquella casa no era un albergue, sino el refugio de una partida de asesinos que tenían aterrorizada la comarca con sus fechorías y crímenes y que nunca pudieron ser apresados por las tropas del shogún.

—He oído, señor, que tratan de asesinaros, y antes de un minuto entrarán a arrebataros la vida. Yo misma no soy más que

una cautiva; los bandidos me han encerrado para exigir un rescate a mis padres, ricos comerciantes establecidos en Mikana.

El capitán comprendió que en las palabras de la niña había una gran sinceridad, y tomando su sable se puso en acecho para esperar a los bandidos. Efectivamente, no había pasado un minuto, cuando el mismo jefe de los forajidos penetró en la habitación, y cuando se dirigía al lecho con ánimo de decapitar a Gompachi, éste le cortó la cabeza de un tajo certero.

Cuando los otros se vieron sin jefe, huyeron en todas direcciones, aterrorizados ante el valor del viajero que aún pudo degollar a uno de los asesinos. Entonces el capitán, dirigiéndose a la joven que tan generosamente le había salvao la vida, le dijo:

—Yo tendré el honor de conduciros ante vuestros padres, sana y salva, para exponerles mi gratitud por haber alumbrado a una criatura de tan nobles sentimientos.

Los padres recibieron a los jóvenes con grandes muestras de júbilo, pues durante muchos días vivieron en mortal angustia, temiendo por la vida de la joven Komurasaki.

Ya iba a marchar el capitán Gompachi a reunirse con sus soldados, cuando la joven le murmuró al oído:

—Te adoro con mi amor más puro.

—Yo también, mi amada Komurasaki—replicó el capitán—; pero como ahora no poseo bienes de ningún género, estoy en la obligación de procurarme el dinero necesario para que podamos casarnos y vivir felices. Espérame y séme fiel, que yo volveré a por ti.

—Te seré fiel hasta la muerte—respondió ella.

Y se separaron. Como las tropas que antes mandara hubiesen sido derrotadas, se colocó a las órdenes de un daimio. En mucho tiempo no tuvo noticias de su amada; hasta que un día, oyendo decir a la gente que en el yoshiwara había una nueva oirán más bella que el sol, se decidió a hacerla una visita. Pero su sorpresa fué infinita cuando tras los barrotes de la jaula en que las jóvenes se exhibían, reconoció a su amada, la más bella de todas.

—¡Encontrarte aquí, yo que te tengo constantemente en mi pensamiento! ¡Yo que sólo vivo esperando el momento de hacerte mi esposa!

—¡Ah, amado mío! Mi historia es la más triste que puede relatar una joven honesta. Mis padres perdieron toda su fortuna, y como se vieron obligados a vivir en la miseria, yo tuve que vender este miserable cuerpo para poderles salvar de que murieran de hambre.

—¡Pobre amada mía!... ¡Y pensar que no tengo dinero para poder rescatarte!... Pero te juro que aun aquí te adoraré y viviré a tu lado.

"A su lado, en efecto—dice el cuento—, vivió, y como para penetrar en la casa de placer tenía necesidad de dinero, comenzó por robar y acabó por asesinar. La Policía lo cogió una noche en el momento en que desvalijaba a un mercader. Los jueces le condenaron a muerte. El verdugo lo decapitó.

"Cuando su querida, la bella Komurasaki, lo supo, vistióse con su más suntuoso traje, se puso en la cabellera sus alfileres más ricos, perfumóse con meticuloso cuidado y se encaminó hacia la tumba del ajusticiado. Allí oró largas horas. Luego, sin llorar, dióse la muerte. Los frailes de un monasterio vecino la encontraron al día siguiente inmóvil, pálida y sonriente. Primero creyeron que estaba dormida. Pero cuando se convencieron de que había muerto, y cuando supieron cómo y por qué, la enterraron al lado del hombre que tanto la amara. En una piedra, que todos los japoneses veneran, grabaron el epitafio siguiente, escrito en versos sabios:

"Estas dos aves, bellas cual flores de cerezo, desaparecen antes de la hora, como las flores que el viento arranca a las ramas sin dejarlas llegar a su madurez."

El doctor Tresmolieres narra así la leyenda de "Otzumi y el sacerdote Itsari: "Erase un bonzo joven que tenía gran fama de artista. Sus superiores le encargaron que hiciese una estatua de la diosa Kwannon, la de las cien manos, la todopoderosa y todomisericordiosa. Un día, durante la celebración de una fiesta popular, encontróse el bonzo con la cortesana Otzumi y quedó prendado de su singular belleza. Durante muchas noches no pudo conciliar el sueño, pensando constantemente en aquella criatura amada. Al fin, loco de deseos, decidióse a ir en su busca al yoshiwara, y para poder comprar sus caricias le robó a la santa imagen de Kwannon su corona de oro. Al volver a su boncería, después de haber pasado una semana con Otzumi, fué asesinado por un antiguo samuray. ¡Pobre pecador! En pleno pecado y sin los seis rins que se pagan por atravesar el Aqueronte amarillo, debió haber ido al infierno inmediatamente. Pero, por fortuna, el dios de los muertos conocía su genio artístico y admiraba su imagen de Kwannon.

"—Vuelve a la tierra—le dijo—, vuelve a tu templo y conságrate a concluir la estatua divina.

"Itsari obedeció. Meses y meses, años y años trabajó sin descan-

so. La imagen estaba ya casi terminada. Las cien manos, en la actitud de la oración, elevábanse hacia el cielo, y eran tan delicadas, que los que las veían no podían menos que adorarlas.

"Al fin, una noche, cuando ya creía su labor concluída, sentóse el pobre bonzo ante su obra. De pronto, una mujer entró en la estancia. Era una admirable oirán, vestida de ricas sedas.

"—¡Otzumi—exclamó Itsari.

"—Yo misma..., yo, que te amo aún.

"Sus manos se juntaron. Sus labios se buscaron (1).

"Al día siguiente, los bonzos encontraron muertos al pie de la estatua al escultor y a la cortesana. Y sin duda hubieran pensado que aquella muerte repentina era un castigo por haberse amado. Pero no fué posible creerlo. Las cien manos de la diosa del Amor y la Misericordia, que la víspera hacían el ademán de orar vueltas hacia el cielo, habíanse tornado hacia la tierra y bendecían a los amantes muertos."

El elemento erótico de la literatura japonesa está representado principalmente por las narraciones que se atribuyen a las geishas. Lo extraño es que no se refieren, por lo común, al acto sexual: es más bien una especie de erotismo de la imaginación. Lo que más impresiona eróticamente a un japonés es la narración que hace la geisha de sus conquistas amorosas. Casi pudiéramos asegurar que en esta actitud del oyente o del lector hay un elemento masoquista, ya que la narración de tales hechos, ejecutada por una mujer que no inspire ningún sentimiento al que la escucha, no produce los mismos efectos que los cuentos o historias que refiere la geisha preferida.

En realidad, el acto sexual específico parece ser lo de menos para el buen japonés; al menos, así se observa leyendo los libros eróticos que se refieren a las geishas, y que, a decir verdad, son las mujeres que ocupan los primeros puestos entre los personajes literarios que histórica o legendariamente han alcanzado mayor celebridad entre estas gentes que con tanta dificultad se desprenden de la dulce esclavitud de sus tradiciones.

---

(1) El doctor Tresmolieres debe sufrir, en este punto, un grave error. El beso, tal como nosotros lo practicamos, resulta entre los japoneses de una obscenidad imperdonable, y, por tanto, no es posible hablar de él en una obra eminentemente literaria y moral, pues hasta a los escritores pornográficos les es repugnante su descripción, tanto como lo sea entre nosotros cualquier acto de perversión escatológica.

COSTUMBRES DE OTROS PUEBLOS

El matrimonio de amor es desconocido en Asia.—Las costumbres del pueblo siamés.—Cómo se conciertan los matrimonios.—La nuez de betel.—El amor entre los «shans».—La ceremonia del plato de arroz.—Una boda en el gran mundo.—El derecho de pasaje.—Matrimonios annamitas.—Casados a los siete años. El derecho de los cuñados de la mujer.—Las mujeres que llevan pantalones.—En la Indo-China.

A medida que se avanza hacia Occidente, las costumbres extremoorientales se diferencian más de las de los japoneses y chinos. No puede decirse que la influencia de la civilización occidental haya sido el motivo de estos cambios, puesto que en muchos países, en todos por mejor decir, las tradiciones se conservan tanto más puras cuanto más nos alejemos de la costa, o sea de aquellas zonas que están más en contacto con la civilización de Europa, cuyas autoridades y eclesiásticos han hecho todo lo posible por humanizar los usos adaptándolos a las modernas corrientes de la civilización.

Pero a pesar de todo, seguimos sin encontrarnos con el amor como base de la vida conyugal. Es necesario incluso salvar la gran barrera de la India para llegar cerca de Africa si queremos encontrar hombres y mujeres capacitados para unirse en virtud de sus impulsos libres. Esta extraña separación de las dos energías, la anímica y la fisiológica, es decir, el amor y la reproducción, puede decirse que es un fenómeno general en todos los pueblos de Asia que no han conocido de cerca las costumbres occidentales.

Después de Japón y China, el país que con más pureza conserva sus tradiciones y que a la vez se opone al desarrollo de las costumbres europeas, es el reino de Siam. No puede decirse que Siam sea un pueblo de gran nivel cultural, pero tampoco sus habitantes resultan, en proporción, tan bárbaros como los chinos.

Existe la poligamia lo mismo que en China; esto es, que aunque

el hombre no puede tener más que una sola esposa legítima, le está permitido un ilimitado número de concubinas, tantas como pueda mantener. Además de las concubinas "oficiales", por decirlo así, toda la servidumbre femenina está obligada a satisfacer los deseos sexuales del dueño de la casa y de sus hijos mayores.

Las costumbres matrimoniales, en lo que a la ceremonia se refieren, son muy pintorescas, sobre todo entre las gentes que habitan los pueblos del litoral, que están edificados sobre las aguas como las antiguas ciudades lacustres.

No puede decirse que exista el noviazgo. Las relaciones prenupciales suelen ser arregladas por los padres de los futuros contrayentes, los cuales dejan a éstos el derecho de fijar la fecha de la ceremonia, que por lo regular se efectúa siendo ambos muy jóvenes.

Las negociaciones matrimoniales suelen ser bastante dilatadas. Se discute la dote que debe aportar el futuro esposo, si han de vivir solos o en casa de los padres de él o de ella, quiénes deben asistir como invitados a las fiestas, etc. Una vez que están resueltos todos estos pequeños problemas, el prometido, acompañado de varios amigos, se embarca en una gran lancha lujosamente engalanada, con telas, flores, ramas y farolillos de papel de colores.

En esta embarcación deben ir los presentes que ofrecerá a la novia, y que consisten en vestidos, vajillas de china, abanicos, frutas, nueces de betel, ramos de flores, etc. En en centro de la barca tiene que ir el enorme pastel de boda, confitura hecha a base de harina de arroz, almendras y azúcar en forma de pirámide y decorada con dibujos de vivos colorines.

El novio va vestido con sus mejores galas. En la popa del barco se sitúan los músicos de la orquesta, los cuales tocan incesantemente aires del país que corean los **invitados.**

La novia debe esperar en la puerta la llegada de su prometido, acompañada de sus amistades y de los invitados. Algunas veces es tan numeroso el cortejo, que las gentes han de permanecer en tierra firme para evitar que se hunda la cabaña construída con bambú sobre la arena movediza.

Al poner el novio el pie en el pequeño desembarcadero, la orquesta que acompaña a la novia empieza a tocar por un lado, y la del barco prosigue su música, por otro. Se arma un verdadero guirigay de músicas, voces y risas, en lo que participan todos los invitados.

El novio se coloca frente a la novia, y con gran solemnidad parte

por la mitad una nuez de betel, entregando a la muchacha una parte y quedándose con la otra. Ambos se ponen a masticar los trozos de nuez y a escupir la saliva roja que produce y que parece sangre.

Varios amigos trasladan a la plataforma de la casa los regalos que ha traído el novio en la embarcación, y acto seguido los futuros esposos se reúnen con los padres de ella, para acordar la fecha en que ha de tener lugar la ceremonia del enlace.

La fiesta es puramente familiar, sin intervención de los sacerdo- y cuando la gente joven tiene consentimiento para cometer determites. Piensan los siameses que en un acto en el que todo es alegría nados excesos, no es correcto mezclar una cosa tan seria y respetable como es la religión. En efecto, el festejo suele durar dos o tres días, durante los cuales se come, se bebe, se baila y se hacen otras cosas menos inocentes, ya que la virginidad de la mujer no tiene importancia alguna, lo mismo que su vida sexual antes del matrimonio.

A pesar de esta tolerancia, el adulterio se castiga con las penas más feroces. Por lo general, se obliga a la mujer a cohabitar con un caballo o también a morir aplastada bajo las patas de un elefante. Otras veces se ata fuertemente a los adúlteros y así se les arroja al mar desde los acantilados más altos.

Entre los *shans,* pueblo que habita la región oriental de Siam, tampoco existe el noviazgo de larga duración. El joven que quiere casarse elige a una muchacha, la cual dice "sí" o "no" sinceramente, sin necesidad de más etiquetas. Si la muchacha contesta en sentido negativo, el pretendiente no pierde el tiempo en pedir explicaciones, ni tampoco se ofende por el fracaso. Lo que ocurre rara vez, ya que, por lo general, los jóvenes se conocen de antemano, incluso en el sentido que la palabra "conocer" tiene en la Biblia.

Si la respuesta es favorable a las pretensiones del mozo, no tienen necesidad de rendir cuentas a sus mayores, sino que un buen día, el que a ellos mejor les parezca, se verifica la ceremonia, simplicísima por demás, ya que sólo consiste en que los contrayentes coman el arroz en un mismo plato y con los mismos palillos en presencia de sus parientes y de los ancianos más venerables de la tribu. Entonces el novio declara que toma a aquella mujer, comprometiéndose a sostenerla y a no introducir en su casa más concubinas que las que pueda mantener, sin que por ello le falten a la esposa legítima los adornos y telas que necesite.

Entre los occidentales de Siam, las costumbres son más complicadas y difieren bastante de las de sus otros compatriotas. Huel-

ga decir que tampoco hay noviazgo en el sentido que nosotros lo practicamos. El casamiento lo arreglan los padres de los jóvenes y los ancianos de la tribu. La ceremonia nupcial se verifica con grandes fiestas, interviniendo los sacerdotes, pero no para bendecir la unión, sino sólo como testigos de calidad, que tienen el deber de rezar pidiendo a los poderes divinos que los contrayentes vivan en paz y que jamás les falten ni la salud ni el arroz.

Un viajero describe así una boda entre gentes de calidad del Siam occidental: «Al anochecer, el novio se dirige a casa de la novia acompañado por los parientes y amigos. A medida que el cortejo avanza, encuentra su camino obstruído en varios puntos por cuerdas, en cada una de las cuales tiene que pagar el derecho de pasaje. Cuando el gobernador de un distrito de Reng-Tung se casó, necesitó pasar veinte de estas cuerdas, colocadas a menos de un kilómetro unas de otras; la misma novia tuvo una cuerda, y otra cada una de las señoras reales. El novio, en esta ocasión, fué multado en setenta rupias. La hermana de la novia pidió veinte rupias por el permiso de pasar, pero se conformó con quince (1). Llegado a casa de la novia, el novio se sienta al lado de ésta y sus manos son atadas con un cordón; comen juntos y un anciano dice después que son marido y mujer. Entre tanto, los invitados se entretienen tirándose bolas de arroz unos a otros y a los novios.»

En Annam, también el matrimonio es un asunto puramente comercial, con vistas a la procreación, en el que para nada intervienen otros afectos sentimentales. La mujer no siente por su marido ningún cariño, ni es tan sumisa como la japonesa o la china. Todo su cariño se dirige hacia los hijos, a los que cuida y educa con gran interés, sin ocuparse para nada de la vida de su esposo.

Por su parte, la mujer annamita tampoco es un modelo de fidelidad conyugal; lo mismo los soldados europeos que los hombres de su tribu, encuentran toda clase de facilidades para saciar sus apetitos carnales.

Estas mujeres, aunque no alcanzan la nubilidad hasta los

(1) En ciertas regiones de Austria subsiste la costumbre antiquísima del «derecho de pasaje», que ha de satisfacer el novio en metálico y la novia obsequiando a cada uno de los que están en el pasaje con una rebanada del pastel de la boda y un jarro de cerveza. Tal costumbre se observa en algunos pueblos españoles, según me refiere un colega.

dieciséis o diecisiete años, se casan a los catorce y a los dieciséis el hombre. Los matrimonios que se realizan antes de esas edades, se consideran nulos y como si no se hubieran realizado. Esto no obstante, la ceremonia nupcial puede celebrarse en edades mucho más tempranas, aunque se retarda la época de su consumación. «Nosotros hemos visto—dice un militar francés—un pequeño annamita de seis o siete años conduciendo, con grave pompa, a la casa paterna, a su mujercita de once años.» Durante el día, estos futuros desdichados pasan el tiempo juntos, entregados a sus juegos, pero al llegar la noche cada uno marcha a dormir a casa de sus padres.

El noviazgo en este país puede considerarse como un aspecto de la amistad. La elección de la novia suele realizarse durante las fiestas primaverales, en cuyas noches tienen lugar diversas ceremonias, de las que las muchachas suelen salir embarazadas. En este caso, los amantes vendrán obligados a pagar una multa no muy crecida, por haberse permitido libertades indebidas.

Las ceremonias nupciales corren a cargo del *mai-dong* o agente matrimonial, el cual pone en contacto a las familias en que hay jóvenes casaderos. Este individuo arregla todo lo que concierne a los regalos, precio de la novia, bienes que el novio ha de aportar y demás detalles del aspecto económico. El novio tiene que pagar los regalos que le hace su futura, y a la vez aporta sus arrozales, su ganado y sus cosechas e incluso una cantidad en metálico, de la que se beneficia la familia de la mujer. La familia le obsequia con un bote de tabaco, un paquete de cigarrillos o una caja de bayas de betel, envueltas en papel de estaño y adornadas como los bombones.

Los esponsales tienen lugar en medio de un gran jolgorio de músicas, cantos y danzas, pero la ceremonia en sí no consiste más que en mascar juntos los contrayentes unas bayas de betel.

Un dato curioso de este sistema matrimonial, es que los hermanos del marido tienen derecho a disfrutar de los servicios sexuales de la mujer, especialmente cuando ya han transcurrido seis meses de matrimonio sin que se presenten los síntomas del embarazo. Este derecho de los hermanos menores subsiste aunque se casen, mientras el hermano mayor no puede aspirar a la recíproca. No obstante, las concubinas más jóvenes de su padre están obligadas a satisfacer los deseos del primogénito, si éste

no está en condiciones económicas de tener en su casa esposas secundarias.

La mujer no tarda en imponerse al marido, aunque ella no sea más que «un objeto» comprado por él. Ocurre esto porque la mujer annamita es más inteligente que el hombre y mucho más trabajadora, lo que justifica su dominio, basado en el factor económico. El Código de Sia-Long dice que «la esposa es una igual, es la persona que tiene un rango igual al del marido», y, por lo tanto, aquél no puede disponer de ella como de una esclava, aunque la haya comprado a sus padres. En virtud de este apoyo legal, la annamita casada es, además, la administradora del hogar y de todo el dinero que entra en él.

No se crea por esto que la esposa de un hijo de Annam se aprovecha en su beneficio de la relativamente privilegiada posición de que goza en el hogar conyugal. Una occidental en su caso, llenaría el ropero de su alcoba de trapos, zapatos y joyas, y no se privaría de ningún capricho; pero estas mujeres, a pesar de todo, no son así. Al contrario, casi siempre visten con más humildad que su esposo y sus hijos, lo que contribuye a hacerlas más repugnantes, ya que la higiene entra en muy escasa parte en las costumbres de este pueblo. Por esta razón, el adulterio de la annamita con los soldados coloniales, ha decaído bastante, porque mientras éstos han podido prescindir de los servicios sexuales de la annamita, a la que con ventaja han reemplazado las chinas y japonesas de los *bambúes* o casas de placer, las indígenas no han tenido tiempo de apreciar las ventajas del agua y del jabón empleados con regularidad.

Un hombre annamita no se escandaliza tanto ante el adulterio de su cara mitad, si lo ejecuta con un indígena que si lo lleva a efecto con un extranjero, particularmente europeo y especialísimamente francés; esto resulta una consecuencia natural del desafecto que al vencido inspira el vencedor. Al principio, las autoridades tuvieron que dictar reglas muy severas que no sólo se aplicaban a los soldados, sino que también estaban relacionadas con la actitud de las mujeres, las cuales no se paraban en barras cuando había un céntimo a ganar. Así empezaron a nacer mestizos, y se formó un nuevo pueblo, hecho éste que nunca ha parecido mal a los eugénicos franceses, eminentemente natalistas.

El doctor Bellard, dice: «Si hemos de creer a un sacerdote, de cincuenta años de edad, que lleva en el país desde los veinti-

uno, y que estaba más bien dispuesto a la benevolencia respecto de sus ovejas, las annamitas son de una desvergüenza inaudita. Según las confesiones hechas a este misionero, hay que suponer en la mujer de Annam una disposición precoz y una irresistible tendencia al libertinaje, todo ello aguzado por una imaginación licenciosa y muy activa.» Y Jacobus, sobre poco más o menos, dice lo mismo: «Trabaja constantemente. Es la cabeza fuerte de la asociación conyugal; pero, como el marido, es reservada y mentirosa, jugadora y glotona. Tan lasciva como el hombre, lo engaña siempre que puede, si en ello encuentra placer o diversión. Tiene, pues, como se ve, toda clase de facilidades para hacer que crezca la madera en la cabeza de aquel a quien jurara fidelidad el día nupcial.»

Y, a pesar de todo, el adulterio está castigado por las leyes con penas muy severas, admitiéndose la excusa legal del adulterio *in fraganti* en el homicidio cometido por el esposo engañado en las personas de su mujer y el burlador. En el Código annamita, figura el siguiente artículo: «La mujer adúltera recibirá noventa golpes de rotén sobre sus nalgas, pudiendo su marido casarla en seguida con otro, venderla a su gusto o guardarla en su casa.» Todavía es más grave la pena para el burlador, cuando se trata de criados: «Los mancebos de comercio que cometan adulterio con las esposas de su dueño serán considerados como servidores o esclavos y castigados con la pena de estrangulación.» Esto no sucede ya hace muchos años; en primer lugar, las autoridades francesas desarraigaron, por lo menos en las ciudades, estas bárbaras costumbres, y, por otra parte, porque el mancebo adúltero puede librarse de la pena mediante el pago de una multa cuyo producto se reparten por mitad el marido burlado y las autoridades indígenas.

Por lo tanto, como vemos, el amor existe entre los annamitas, aunque de un módo ilegal y dramático, precisamente fuera del matrimonio. No puede dudarse de la existencia del amor, por lo menos de parte de la mujer, porque, por muy viciosa que sea una hembra, no cabe duda que no se entrega si de antemano no existe una predisposición psíquica normal.

En la literatura de los pueblos de la Indo-China, se encuentran poemas y narraciones referentes a estas debilidades de las mujeres, justificadas por el poco aprecio que de sus encantos hacen los maridos. En virtud de este desamparo, por una parte, y,

por otra, de la escasa imaginación del hombre annamita, que no es ni más ni menos que un chino degenerado, no tiene nada de extraño que sus mujeres les sean infieles con otros hombres que sepan tratarlas con más dulzura. La prueba de ello la encontramos en que las annamitas no se entregan a un hombre que en cualquier aspecto pueda ser inferior a su marido, especialmente en el orden intelectual. Quienes mayores éxitos logran cerca de estas casquivanas señoras, son los japoneses y los occidentales. Pero como no se trate de una viciosa o de una necesitada, el dinero no sirve siempre para conquistar sus favores.

En el Tonkín sucede lo mismo. Los matrimonios se conciertan en edades muy tempranas, y lo mismo que en casi todo el Asia, también interviene en las negociaciones un agente casamentero, que se encarga de realizar los preparativos de las entrevistas, los de la boda y hasta los del nacimiento del primer hijo. Los jefes de las tribus y los personajes más significados son los consejeros de los contraventes, cuando éstos se resuelven a consumar el matrimonio. Estas personalidades aleccionan al muchacho respecto de lo que deben ser sus deberes conyugales, facilitándole todo género de detalles acerca de la vida íntima en el hogar conyugal. (Lámina VIII.)

Realmente, estas instrucciones no tienen razón de ser, ya que los jóvenes indochinos aprenden tales cosas prácticamente en edades bien tempranas. Según decía un misionero, para encontrar una virgen en este país era preciso buscarla, no mayor de diez años, ni en una familia en que viviese el padre o los hermanos de la niña.

Durante toda su vida de solteros, los jóvenes de ambos sexos gozan de una libertad sexual ilimitada, que se aproxima al más completo libertinaje. Las muchachas huyen de sus hogares para unirse con hombres de edad, permaneciendo en su compañía el tiempo que les conviene. Pero esto no influye para nada en el porvenir matrimonial de la muchacha, la cual encontrará marido tan pronto como se lo proponga al agente casamentero.

A partir de la ceremonia, viene obligada a guardar absoluta fidelidad a su consorte, el cual tiene sobre ella toda clase de derechos. En cambio él podrá tener fuera del domicilio las queridas que le apetezcan, cuyos hijos pertenecen siempre a la madre, la cual sigue prostituyéndose con tal de procurarse los recursos necesarios para mantenerlos.

El adulterio de la tonkinesa se castiga de la manera más feroz, en lo que se muestran implacables los maridos y las autoridades. Todavía es posible registrar casos de esta naturaleza, a pesar de los esfuerzos realizados por las autoridades francesas para reprimir tan bárbaras costumbres, que vienen de los tiempos más primitivos. El tonkinés afirma que concede a las mujeres solteras cuantas libertades quieran tomarse, pero esto es a cambio de que al casarse con un hombre lleguen satisfechas en sus deseos, a fin de dedicarse por entero al marido y a los cuidados del hogar y de los hijos.

También está tolerada la prostitución cuando tiene por fin procurarse la cantidad necesaria para adquirir las prendas que la mujer debe aportar al matrimonio, ya que el marido, aparte de los pequeños regalos que tradicionalmente tiene que hacer a su esposa, no le importa que vaya al matrimonio completamente desnuda.

El ajuar de cocina suelen confeccionarlo las mujeres, siendo tanto más rico cuanto mayores son sus posibilidades económicas. Si el marido es pobre y no puede pagar los gastos de instalación de la casa, se va a vivir con su esposa al domicilio de los padres de ella, al servicio de los cuales tiene que trabajar durante un tiempo determinado, hasta que está en condiciones de poderse construir una casa, en cuyas obras le ayudan sus amigos. Las viviendas de los tonkineses están construídas de madera, cañas de bambú y hojas, por lo que no resulta muy caro ser propietario de un inmueble en Tonkín.

La ligereza de estas construcciones facilita al marido la tarea de derrumbar la casa tan pronto como se enfada con su mujer. Esto quiere decir que el matrimonio queda disuelto; pero si el irascible esposo vuelve a reedificar su vivienda, es señal de que quiere reconciliarse con su mujer, la cual vuelve a ocupar su puesto dentro de la choza. Si no regresa al nuevo hogar, el matrimonio ha quedado definitivamente roto, por lo que tanto él como ella quedan en libertad de casarse otra vez.

El tonkinés que maltrata de palabra a su esposa, viene obligado a indemnizar a razón de tantas piastras por golpe. La mujer que golpea o insulta al marido, recibirá, según las leyes, unos cuantos vergajazos, pudiendo, si quiere, remitirla a sus

padres o alquilarla como servidora a un amigo, el cual se aprovecha de ella de la mejor manera posible. Esta forma de adulterio no está penada por las leyes, y la mejor prueba de energía que puede ofrecer a sus convecinos un indígena tonkinés, consiste en alquilar a su esposa en tan pintorescas condiciones.

INDICE

Páginas

PROLOGO DEL TEMA 5

EL AMOR Y EL NOVIAZGO

El aislamiento entre el amor y el sexo.—Desdoblamiento de las actividades psíquicas y físicas.—Aspectos del amor premarital.—Libertal sexual sin amor.—Por qué no es posible el amor en el Japón.—Los «daimios» y «samurayes».—Las fiestas de Otoño y Primavera. Noviazgos de horas.—El suicidio por 'amor donde el amor no es moral.—La sumisión del hombre a la mujer.—Razones de la poligamia. El amor entre los «ainus» 9

EL JAPON, HEROICO Y GALANTE

Una frase que no dice nada.—El japonés no es galante con sus mujeres.—La mujer heroica y galante.—La indiferencia sexual masculina.—El suicidio antes que el matrimonio. Las que adoraban a los guerreros.—La doble moral.—La terrible suegra.—Los matrimonios que visitan a las amantes del marido.—El orgullo de la esposa.—El «Fukuwara» o camino de la felicidad.—El antifeminismo de los japoneses 23

LOS «YOSHIWARAS» Y LOS «CESTOS DE FLORES»

La razón política de la prostitución japonesa. Las prohibiciones a los occidentales o «señores bárbaros».—Aspectos de la prostitución. Escuelas de geishas.—Una profesión honorable.—Las geishas de ayer y de hoy.—Cómo ejercen su comercio.—La oirán.—La promiscuidad.—Los testigos del acto sexual.—Quince mil prostitutas abrasadas vivas.—La prostitución en China.—Los «barcos floridos».—El lujo asiático 39

Páginas

EL MATRIMONIO

La rebelión de la mujer japonesa.—La adoración que inspira el esposo.—El interés de la procreación.—Cómo se conciertan los matrimonios.—El agente casamentero.—Ceremonia del noviazgo.—La libertad de elección.—Formalidades civiles.—La sumisión a la suegra. Las doce reglas de la perfecta casada.—Luna de miel japonesa.—El divorcio.—En Corea.—El sistema matrimonial chino.—Las viudas 57

EL AMOR EN LA LITERATURA CHINA Y JAPONESA

El amor y la guerra, fuentes de inspiración. Literatura y pornografía.—El adulterio.—«El marido de Ping-Li».—La «ghisan» china.—El supremo atractivo de las chinas.—El teatro simbólico.—La leyenda del héroe, su esposa y el bonzo.—Tragicomedia en veintitantos actos.—El sable y el espejo.—La literatura y las suegras. — La honorabilidad de la geisha. Gompachi y Komurasaki. — Otzumi e Itsari. 69

COSTUMBRES DE OTROS PUEBLOS

El matrimonio de amor es desconocido en Asia.—Las costumbres del pueblo siamés.—Cómo se conciertan los matrimonios.—La nuez de betel.—El amor entre los «shans».—La ceremonia del plato de arroz.—Una boda en el gran mundo.—El derecho de pasaje.—Matrimonios annamitas.—Casados a los siete años. El derecho de los cuñados de la mujer.—Las mujeres que llevan pantalones.—En la Indo-China 77

PAUTA DE LAMINAS

Páginas

LAMINA I
Matrimonio «Ainu»..... 16

LAMINA II
El «Yoshiwara del Yokohama»..... 17

LAMINA III
Exposición de prostitutas..... 32

LAMINA IV
Prostituta japonesa..... 33

LAMINA V
Danzarina china..... 48

LAMINA VI
«Ghisan» china..... 49

LAMINA VII
Japonesa moderna..... 64

LAMINA VIII
Notable del Tonkín..... 65

En el próximo volumen

COSTUMBRES SALVAJES

Las ceremonias de iniciación sexual.—El galanteo y el noviazgo.—Costumbres matrimoniales.—El embarazo y el parto.—La magia erótica.—El más allá y el sexo.

EDITORIAL FENIX
MADRID
FERRAZ, 27 (VIII)
APARTADO: 8025



A. Martín de Lucenay

Diplomado en Sexología. Ex agregado en las misiones de Lucha contra la trata de blancas en Sudamérica y Tráfico de estupefacientes en Extremo Oriente

TEMAS SEXUALES



NADA se ha hecho en el mundo en idioma castellano tan extraordinario en su género como esta colección, que constituirá una selecta y completísima biblioteca, integrada por 60 volúmenes que abarcarán el tema en todos sus múltiples aspectos.

INDICE DE LOS PROXIMOS TITULOS

Costumbres salvajes.—Perversiones de pueblos incultos.—Mujeres de historia.—Los extravíos de los magnates.—Los mitos del amor.—El culto fálico.—La magia, el amor y el sexo.—Los ritos satánicos.—Los fenómenos del histerismo.—El médico ante el problema.—etcétera.

1'25 pesetas

En la Argentina: $ 0,60 m/n
En los demás países, al precio equivalente en moneda nacional